

Tejidos de tragedia

Daniel Botero García



Universidad
Pontificia
Bolivariana



Daniel Botero García

Nació en Envigado el 22 de mayo de 1988. Docente de Español, Inglés y Artística, vinculado con la Secretaría de Educación de Envigado, con experiencia laboral de 11 años en primaria y bachillerato.

Licenciado en Español - Inglés de la Universidad Pontificia Bolivariana; Especialista en Literatura de la Universidad Pontificia Bolivariana; Magíster en Literatura de la Universidad Pontificia Bolivariana.

Apasionado por el arte y la palabra, comparte en estas páginas un poco de eso que, en sus palabras, “llena la vida de mas vida”.

Tejidos de tragedia

Daniel Botero García



128.5
B748

Botero García, Daniel, autor
Tejidos de tragedia / Daniel Botero García -- 1 edición --
Medellín : UPB, 2021.
94 páginas, 16.5 x 23.5 cm
ISBN: 978-958-764-985-7

1. Filosofía de la muerte -- 2. Fenomenología de la muerte --
3. Tragedia -- Análisis literario -- I. Título

UPB-CO / spa / RDA
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Daniel Botero García
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

Tejidos de tragedia

ISBN: 978-958-764-985-7
Primera edición, 2021
Escuela de Educación y Pedagogía
Facultad de Educación
Maestría en Literatura

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Magíster Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano Escuela de Educación y Pedagogía: Guillermo Echeverri Jiménez

Gestora Editorial: Kelly Samadi Vásquez Gómez

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinadora de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diseño y diagramación: Ana Mercedes Ruiz Mejía

Fotografías de portada y contraportada: Yoni Alexander Osorio Montoya

Corrección de Estilo: Editorial UPB

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2021
Correo electrónico: editorial@upb.edu.co
www.upb.edu.co
Telefax: (57)(4) 354 4565
A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 2122-04-08-21

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Contenido

Prólogo

Habitar, desde la muerte, el origen de la tragedia creadora 7

Capítulo 1

Homo sum, humani nihil a me alienum puto:

la tragedia creadora 10

Gesto apolíneo.....12

Las formas básicas de lo real en "Visita frustrada"
de Baldomero Sanín Cano (1999).....13

La obra en "La lavandera" de Isaac Bashevis
Singer (2013) 14

El conflicto en "El mayordomo",
de Roald Dahl (2013) 16

Viraje órfico..... 19

La mirada órfica en "¿Cuánta tierra necesita
un hombre?", de León Tolstoi (2004) 20

La desobra en "La niña muerta" de Gabrielle Roy (2013)... 24

El conflicto en "La tragedia del minero"
de Efe Gómez (1999) 26

Heterotopía del yerro..... 29

Caso 1: "El mantel", de Óscar Hernández
Monsalve (1999) 30

Caso 2: "La muerta (¿Fue un sueño?)",
de Guy de Maupassant (2008) 32

Caso 3: "El corazón delator", de Edgar
Allan Poe (2014)..... 33

Capítulo 2

Rostros de la tragedia creadora	36
Anexo 1	38
Anexo 2	39
Anexo 3	41
Anexo 4	43
Anexo 5	45
Anexo 6	47

Capítulo 3. Tejidos..... 49

I	50
La entrada.....	51
II	58
A-finada	58
III	65
La mata.....	65
IV.....	72
Diario de un error	72
V.....	79
Tropezón.....	80
Celebración.....	83

Lápida de presentación..... 85**Epílogo. Semiótica en la tragedia creadora 86****A manera de cierre conclusivo 89****Bibliografía..... 91**

PRÓLOGO
HABITAR, DESDE LA MUERTE,
EL ORIGEN DE LA TRAGEDIA
CREADORA

“Edamus, bibamus, gaudeamus nam cras moriemur.”

Refrán latino

La vida es la primera obra de arte que nos pertenece y nosotros, en ese sentido, somos los artistas que intervenimos y transformamos, que habitamos en términos heideggerianos, nuestra creación, pero somos impertinentes y, por naturaleza, nos vemos conminados a romper leyes, reglas, tiempos y medidas. Esto evidencia la esencia inquieta de nuestra condición. He aquí la razón por la cual la vida humana se inscribe en una espiral presurosa de ascensos y descensos constantes. Nos sabemos tan imperfectos, tan artísticos, que aprendemos a hacer del desacierto una verdadera exposición y nuestra vida la habitamos desde la muerte. En palabras de Heidegger sólo el hombre muere y, además, de un modo permanente, mientras está en la tierra, bajo el cielo, ante los divinos. Dicho con otras palabras, sería: sólo el hombre habita el mundo desde la muerte y muere habitándolo. Por ello se nos hace impensable relacionarnos con nuestro entorno, habitarlo, desligados de esa innegable condición de mortales y la conciencia de nuestro signado final y, dicho sea de paso, el de todo lo que nos rodea: personas, lugares, momentos. Tenemos certeza de nuestro fin y esto nos hace sentir vivos. Sólo quien sabe de hambre valora comer, sólo quien sabe de enfermedad valora estar sano y, en esta misma lógica, sólo quien sabe de la muerte valora vivir.

Este rol, de artistas y habitantes, nos lleva a transformar la existencia, y como ya se anticipó, resultamos, aun sin ser conscientes, idealizando un performance final para nuestro periplo terrenal que nunca dejará de estar enmarcado en la tragedia. Esto último nos convierte en recurrentes viajeros a la muerte, a la pérdida, al yerro y, al mismo tiempo, nos modifica y nos renueva porque ninguna victoria fortalece y reverdece tanto como la derrota. Esto refuerza lo expresado antes, en el desacierto reside la belleza de la vida porque ello implica un reto para el ser humano: hallar el gusto, el toque de lo bello y la exquisitez en lo ausente.

El mundo, interpretado como ese hervor de tragedias habitables, se convierte en una inmensa fuente de cuyas aguas bebe el proceso creativo, en este caso puntual literario: la dinámica cambiante de los

dramas humanos implica historias y espacios que merecen ser contados y reconstruidos, en las afecciones generadas por el diario habitar desde la muerte, que permiten la caracterización de personajes con un rasgo común que conlleva la aparición de la tragedia creadora. Este rasgo común, para efectos de la presente investigación, se denominará triada trágica. Esta está compuesta por tres nociones desprendidas de un rastreo conceptual previo y son: *el gesto apolíneo, el viraje órfico y la heterotopía del yerro*. La manera como estos conceptos se empiezan a esbozar en mi trabajo es, como se dijo antes, partiendo de aquello que genera afección habitando el mundo desde la muerte, es decir, se pretende literaturizar la tragedia humana y extraerle el germen creador que la hace ser, la ya referida, tragedia creadora.

En un primer momento se tratará la triada trágica desde lo teórico. Sus tres componentes serán conceptualizados a través del uso de nociones provenientes de campos como la mitología y la filosofía, a la vez que serán rastreados y ejemplificados en pasajes de obras literarias reconocidas (literatura antioqueña y universal); posterior a esto habrá un ejercicio de caracterización de personajes que tendrán, en su construcción de mundo, la presencia constante de la triada en cuestión. Finalmente, el tercer y último acápite de este ejercicio estará destinado a la entrega creativa. Allí se componen una serie de cuentos en los que los personajes ya citados se desenvolverán en medio de las tragedias habitables que nutren sus vidas y dan origen a multiplicidad de historias, aspecto que evidencia e ilustra el propósito investigativo: encontrar en el yerro una potencia de creación.

La tragedia creadora nos cruza todo el tiempo. Gracias a nuestro carácter de seres narrables y habitantes, la literatura se erige como la gran posibilidad de crear y re-crear, desde la vicisitud, las formas de ser y estar en el mundo; por ello también es posible acompañar el texto con imagen, a modo de complemento dialógico. En términos de premisa, podría afirmar que la existencia está llena de impases que desprenden semillas de creación literaria, y patentizan la fortaleza autora que reside en la fragilidad humana.

CAPÍTULO 1
*HOMO SUM, HUMANI NIHIL
A ME ALIENUM PUTO:
LA TRAGEDIA CREADORA*

La mortalidad de los seres humanos nos hace ser trágicos por naturaleza: ningún mortal está exento de la tragedia, y por esa razón somos proclives a la creación. La muerte desde la que habitamos el mundo no se refiere al momento último de nuestras vidas, sino a todo aquello que implica situaciones como: enfermar, incurrir en un error, caer en un engaño, ser poseído por desesperos, dudas, temores; en pocas palabras, todo aquello que le resta certeza a nuestro trasegar por el mundo está conformado por pequeñas defunciones que enfrentamos a diario, tal como enfrentamos el sol o el aire. Por eso es que, unas líneas atrás, se definió al ser humano como recurrente viajero a la muerte en un trayecto plagado de ires y venires con una partida final. Esta dinámica dual que nos mantiene en movimiento constante es la llamada *tragedia creadora*, aquella que posibilita hacer de la existencia una creación artística como *obra* o como *desobra* (conceptos que se ampliarán más adelante).

Con antelación se mencionó que la *tragedia creadora* está compuesta por tres nociones que, aunque guardan un antecedente e independencia desde las teorías, convergen en esta pesquisa como construcción propia y diferencial, que posibilite visibilizar nuestra condición y desentrañar-nos en el mundo: el *gesto apolíneo*, el *viraje órfico* y la *heterotopía del yerro*. Este apartado estará dedicado a definir las de manera teórica y a ejemplificarlas a la luz de la obra literaria puesto que, en la forma como el hombre se ha narrado, se puede elucidar su paso por el mundo. Por esto último es que la literatura juega un papel preponderante en estos términos: por la relación innata del hombre con la palabra, en donde la vida misma es una tragedia creadora. Ello permite que el sujeto se transforme, a la par con la cultura, en esa conjunción de narrativa y existencia.

Los textos seleccionados para esta pesquisa partieron de lo antioqueño, con nombres como Efe Gómez (*“La tragedia del minero”*) y Baldomero Sanín Cano (*“Visita frustrada”*), y se expandieron a algo más universal, con autores como Tolstoi (*“¿Cuánta tierra necesita un hombre?”*), Maupassant (*“¿Fue un sueño?”*) y Poe (*“El corazón delator”*); la idea era rastrear los conceptos implicados en la investigación en una muestra que recogiera varias voces, y que esto pudiera sugerirse como una alternativa de análisis literario, y un punto de vista proclive a la metempsicosis de la vida misma, como sucedió, en ambos casos, conmigo.

La conceptualización que acá se comparte está fundamentada en asuntos previamente establecidos por teóricos, siendo el matiz de la tragedia lo que, al resignificarlos, les acerca a estas páginas y los conjuga entre sí. Por lo tanto, ninguno de los componentes de la *triada trágica* existe sin la relación con los otros dos, y juntos transmutan lo trágico de la esencia humana para hacerlo creación.

Gesto apolíneo

Citius, altus, fortius.
Fray Henri Didon

Por *gesto apolíneo* se entiende todo acto que implica certeza y virtud, aquello que se hace en busca del bienestar. Este emerge de lo que se consideran, en palabras de Nietzsche, *las formas básicas de lo real*. En *El nacimiento de la tragedia* el filósofo alemán define lo apolíneo como un tipo de pulsión de la naturaleza que, a su vez, viene acompañada de otra: lo dionisiaco. Sin embargo, no es posible establecer una relación de opuestos entre estos dos términos, pero sí de reciprocidad:

Los griegos, que en sus dioses dicen y a la vez callan la doctrina secreta de su visión del mundo, erigieron dos divinidades, Apolo y Dioniso, como doble fuente de su arte. En la esfera del arte estos nombres representan antítesis estilísticas que caminan una junto a otra, casi siempre luchando entre sí, y que sólo una vez aparecen fundidas, en el instante del florecimiento de la «voluntad» helénica, formando la obra de arte de la tragedia ática. (Nietzsche, 2020, pág. 94)

Lo apolíneo es aquello que implica acierto y armonía, lo que produce *obra* (creación en ascenso) partiendo de lo real ya mencionado; por otra parte, lo dionisiaco es la embriaguez en la que toda virtud y orden se exaltan. Sostiene además que lo único real son el dolor y la contradicción. Así, se puede concluir que, en medio de lo virtuoso y ordenado que

resulta ser el *gesto apolíneo*, siempre habrá una tendencia al *conflicto*, toda vez que las acciones virtuosas se pueden ver contradichas por el yerro. El *gesto apolíneo* tiene tres componentes que serán debidamente explicados a continuación: *formas básicas de lo real, obra y conflicto*.

Las formas básicas de lo real en “Visita frustrada”,
de Baldomero Sanín Cano (1999)

Alberto Diana, un hombre de clase alta y vida de dandi, se ve involucrado en una situación inusual: una mañana la Muerte llama a su teléfono y le pone cita para cenar esa misma noche. Aunque al principio el hombre se muestra incrédulo, termina por dar crédito a la llamada y acepta. En lo sucesivo del día acude a *las formas de lo real*, entendidas acá como todo aquello que le ayude a satisfacer los placeres que ofrece su tipo de vida.

Es un hombre cultivado y de buena capacidad adquisitiva a juzgar por la literatura que consume y lleva una vida sin muchos afanes. Así se manifiesta en el siguiente apartado del cuento, cuando, ese día, despierta más temprano de lo deseado:

Hizo luz instintivamente y se apoderó de un libro recién llegado, de Somerset Maugham. Era *El velo pintado*. Leyó con avidez la descripción minuciosa del adulterio llanamente sensual con que empieza la novela, y la tensión cerebral produjo al fin el cansancio nervioso y muscular que necesitaba para dormirse. Eran ya las seis de la mañana y el ruido lejano de las primeras actividades callejeras lo arrullaba en su sopor benigno, que acabó por convertirse en uno de esos sueños voluptuosos de la mañana con que la naturaleza parece prevenir nuestro organismo contra las realidades míseras de la vida solar. (pág. 51-52)

Diana tiene *lo real* tan controlado en su vida, que puede agendar a la Muerte un horario de atención. Así lo demuestra esta conversación entre los dos personajes:

- ¿En qué momento del día puede usted recibirme?
- Todas las horas me pertenecen, pero deseo descansar intensamente en este desamparado viernes.

—¿Quiere venir a comer conmigo? Estaré solo. Suelo sentarme a la mesa entre las ocho y las nueve, en estos días caniculares.

—Espéreme a las ocho —Gracias, articuló claramente la voz dulce y melancólica, antes de cerrar la comunicación.

Diana volvió a dormir con intensidad y con beneplácito de todos los sentidos. Era un sueño total, simultáneo y perfecto. (pág. 53)

Las formas de lo real funcionan perfectamente en este hombre:

A las doce volvió en sí lentamente y con noble dejo voluptuoso. Sentía la plenitud de la vida en toda la superficie de su cuerpo. Las seis horas de sueño habían arrancado de raíz todas las contrariedades, todas las pequeñas incomodidades materiales de la víspera. (pág. 53)

El personaje se desplaza de su casa durante el día: “Fue al club a las tres de la tarde” (pág. 54), y de nuevo atiende *lo real*:

Al pasar por una mesa de donde se retiraba un jugador, fue invitado para ocupar su puesto. Eran las cinco y media. Jugaré hasta las siete y media, dijo, y se sentó con la serenidad y prestancia de quien va a ejecutar una obra de carácter no transitorio. Empezó ganando con rapidez y a su pesar, porque si se levantaba ganando a las siete y media, iban a decir los socios que lo hacía por interés. A las siete y media precisas se alzó de su puesto sin contar las ganancias. Le recomendó su puesto a un mozo, que las recogiera, las cobrase y le guardara el importe. (pág. 58)

Alberto Diana tiene una vida cargada de *gestos apolíneos* y difícilmente puede haber algo que le turbe su dinámica de aciertos y orden. El cuento no tiene un final gratificante, puesto que la cita con la Muerte no se cumple y esto acarrea otro tipo de consecuencias menos *apolíneas* de lo que el personaje refleja y enfrenta durante la historia.

La obra en “La lavandera”, de Isaac Bashevis Singer (2013)

El hijo de una acaudalada familia judía de Polonia cuenta la historia de la lavandera que trabajó en su casa. Una anciana pequeña y arrugada con

una gran fortaleza para el trabajo que el narrador atribuye a su origen campesino. Esa característica hace de la mujer un personaje productor de *obra*, es decir, la *creación en ascenso*, comprendida aquí como el resultado de recurrentes *gestos apolíneos* a lo largo de la historia, todo lo que resulta del esfuerzo, de la tenacidad y la virtud del personaje:

Mamá solía sacar del saco la ropa que se había acumulado durante varias semanas y contarla delante de ella, que entonces alzaba el pesado bulto, lo acomodaba en sus hombros angostos y emprendía el largo camino a casa. También ella vivía en la calle Krochmalna, pero al otro extremo, cerca de Wola, lo cual quería decir que debía caminar hora y media. (pág. 14)

El *gesto apolíneo* de la anciana se traduce en su constante determinación para hacer cosas a pesar de su edad y condición física. No quiere ser una carga para nadie, así que incluso en su ley sufre, pero eso hace parte de su *obra*:

La anciana podría haber pedido limosna a la entrada de una iglesia o ingresar a un asilo para ancianos indigentes, pero tenía un cierto orgullo y aquel amor al trabajo con el que los gentiles han sido bendecidos. No deseaba convertirse en carga para nadie y por eso llevaba su carga sola. (pág. 15)

El cuerpo de esta lavandera, pertrechado por tantos años de vida y arduo trabajo, es también evidencia inapelable de la *obra* de su existencia:

Tenía los dedos torcidos a causa del trabajo, y quizás también de la artritis, y las uñas de un extraño color blanco: eran manos que hablaban de la tozudez humana, de la voluntad de trabajar no sólo hasta donde la fuerza lo permite sino aún más allá de sus límites. (pág. 18)

En un pasaje del cuento sucede que la anciana se lleva una gran cantidad de ropa de la familia del narrador para lavarla y tarda demasiado en volver: más de dos meses para ser exacto. Cuando reaparece, mucho más ajada que antes, la mujer relata que cayó gravemente enferma y que incluso se habían adelantado los trámites de su funeral, pero al fin se recuperó. El motivo de su milagrosa recuperación es otro eco de su *obra*:

Comenzó entonces a sentirse mejor, se restableció, y apenas fue capaz de sostenerse en sus dos pies reanudó su trabajo, y lavó no sólo nuestra ropa sino asimismo la de varias otras familias.

—No podía descansar con tranquilidad en mi cama con tanta ropa para lavar —explicó la anciana—. La ropa no me dejó morir.

—Con la ayuda de Dios, vas a vivir hasta los ciento veinte años —dijo mi madre bendiciéndola.

—¡Que Dios no lo quiera! ¿Para qué tener una vida tan larga? El trabajo está cada vez más duro, las fuerzas me abandonan, ¡no deseo ser carga para nadie! (pág. 21)

Sin embargo, este extracto del cuento demuestra que en su intachable *gesto apolíneo* asoma una contradicción ominosa: la voluntad ya no es suficiente y su *obra* está llegando a su fin. La lavandera devuelve la ropa que se había llevado meses atrás y se compromete a volver por más:

Pero no regresó más. El bulto devuelto poco antes había sido su último esfuerzo en este mundo. La había animado la indomable voluntad de regresar la propiedad a sus legítimos dueños, de cumplir a cabalidad con la tarea emprendida. Y ahora sí, su cuerpo, que desde tiempo atrás era sólo un tiesto viejo sostenido por la fuerza de la honestidad y del deber, se había derrumbado. Su alma pasó a aquellas esferas donde todas las almas se encuentran, sin importar los credos, las lenguas y los papeles desempeñados en este mundo. No puedo concebir el Edén sin esta lavandera, y no puedo siquiera imaginar un mundo donde no exista recompensa para un esfuerzo semejante. (pág. 22)

La anciana fallece luego de cumplir con esa última tarea. Su *obra* se ha consumado, y hace repercusión tal que el narrador termina despidiéndola con palabras de salvación y Paraíso. Esto indica que hasta la muerte puede inscribirse a modo de *gesto apolíneo* en términos de la virtud.

El conflicto en “El mayordomo”, de Roald Dahl (2013)

Los Cleaver son un adinerado matrimonio que se muda a una mansión en las afueras de Londres. Contratan un cocinero francés de apellido Estragón y a un mayordomo inglés de nombre Tibbs. Comienzan a dar

unos banquetes excepcionales y tienen todo para hacer crecer su reputación y mejorar su vida en sociedad, pero esto no sucede. Así comienza a asomar *el conflicto* del *gesto apolíneo*, como la constante fluctuación de obstáculos e impedimentos que dificultan la consecución, en este caso, del ascenso social.

Pero estas cenas nunca acababan de salir bien. No había animación, ni chispa que diera vida a las conversaciones, ni gracia. Sin embargo, la comida era excelente y el servicio inmejorable. (pág. 65)

El señor Cleaver se muestra contrariado con esto y en medio de una conversación con Tibbs, el mayordomo, este le indica que, aunque la comida es exquisita, el vino que la acompaña es un vino barato. De inmediato, el anfitrión consulta al sirviente cuáles son los mejores vinos del mundo para brindarlos en sus fiestas y le encarga llenar la bodega con estos. Es un *gesto apolíneo* que busca darle a este millonario el anhelado ascenso social:

—¡Cómprelos todos! —dijo el señor Cleaver—. ¡Llene la bodega de arriba abajo!
—Puedo intentarlo, señor —dijo el mayordomo—, pero esa clase de vinos son difíciles de encontrar y cuestan una fortuna.
—¡Me importa tres pitos el precio! —exclamó el señor Cleaver—. ¡Cómprelos!
(pág. 67)

Así sucede. Tibbs consigue una reserva de excelentes vinos y comienzan a servirlos en los banquetes. Inclusive el señor Cleaver es adiestrado por el mayordomo en el arte de la cata de vinos con la intención de convertirse en un mejor anfitrión. Pero, aun con estos progresos, nada parecía mejorar en el ambiente de las fiestas:

—¿Qué les pasa a esos idiotas? —le preguntó el señor Cleaver a Tibbs después de que esta situación se repitiera varias veces—. ¿Es que nadie sabe apreciar un buen vino? El mayordomo torció la cabeza a un lado y dirigió los ojos hacia arriba.
—Creo que lo apreciarían si pudieran catarlo, señor —dijo—. Pero no pueden.
—¿Qué diablos quiere decir? ¿Cómo que no pueden catarlo?

—Tengo entendido que usted ha ordenado a monsieur Estragón que aliñe generosamente las ensaladas con vinagre, señor.

—¿Y qué? Me gusta el vinagre.

—El vinagre -dijo el mayordomo— es enemigo del vino. Destruye el paladar. El aliño debe hacerse con aceite puro de oliva y un poco de zumo de limón. Nada más. (pág. 68)

La anterior conversación termina de introducir *el conflicto del gesto apolíneo* en este cuento. El señor Cleaver pierde toda credibilidad en Tibbs, desestima su última sugerencia e incluso, en el banquete siguiente, intenta ridiculizarlo. El millonario sigue empeñado en lograr su ascenso social, aun a costa de ofender a quien le ha ayudado. Presume su recién adquirido conocimiento en vinos y es contradicho por el sirviente frente a todos:

Este vino —continuó el señor Cleaver, alzando la copa— a mí me sabe exactamente a Château Lafite del 45; aún más, es un Château Lafite del 45. Tibbs, el mayordomo, estaba inmóvil y erguido junto al aparador, la cara muy pálida.

—Disculpe, señor —dijo—, pero no es un Lafite del 45.

El señor Cleaver giró en su silla y se quedó mirando al mayordomo.

—¿Qué diablos quiere decir? —preguntó—. ¡Ahí están las botellas vacías para demostrarlo! (pág. 70)

El mayordomo termina develando que, en una ingeniosa maniobra de manipulación entre botellas llenas y vacías, ha hecho caer en un engaño a su amo y, de paso, a todos los invitados:

—Resulta que el vino que están ustedes bebiendo —dijo tranquilamente el mayordomo— es ese tinto español barato y bastante normalito, señor.

El señor Cleaver miró el vino de su copa, y después clavó los ojos en el mayordomo. La sangre empezó a subírsele a la cara, y la piel se le tiñó de rojo.

—¡Eso es mentira, Tibbs! —gritó.

—No, señor, no estoy mintiendo —replicó el mayordomo—. De hecho nunca les he servido otro vino que tinto español. Parecía gustarles.

—¡No le crean! —gritó el señor Cleaver a sus invitados—. Se ha vuelto loco.

—Hay que tratar con respeto a los grandes vinos —dijo el mayordomo—. Ya

es bastante con destrozarse el paladar con tres o cuatro copas antes de la cena, como hacen ustedes, pero si encima riegan la comida con vinagre, lo mismo da que beban agua de fregar. (pág. 70-71)

La pretensión del señor Cleaver se ve objetada por una inteligente jugada de Tibbs con la complicidad del cocinero Estragón: ellos estuvieron bebiendo aquellos finísimos vinos que había encargado su jefe:

—El señor Estragón y yo hemos disfrutado enormemente con ellos. El mayordomo hizo una reverencia y salió lentamente de la habitación. Atravesó el vestíbulo, traspasó la puerta de la casa y salió a la calle, donde le esperaba el señor Estragón cargando el equipaje en el maletero del cochecito que compartían. (pág. 71-72)

Así finaliza el cuento, con un *gesto apolíneo* que no logra consolidarse por la presencia constante del *conflicto* que, en este caso, como se ha dicho antes, implica una contradicción por parte del yerro. Esto abre la posibilidad de aparición al *viraje órfico*.

Viraje órfico

Malum consilium quod mutari non potest.
Publio Sirio

La tendencia al conflicto que rige el *gesto apolíneo* provoca una ruptura que se denomina *viraje órfico*. Este es el tipo de acto que anula la certeza, la virtud y el orden, dando pie a la duda, a la debilidad y al yerro. El término proviene de la tradición clásica, en donde la figura de Orfeo se presenta como una personificación de la tragedia, pero también del destino, como lo refiere Anna Poca: “...no cabe duda de que Orfeo solo es en el cumplimiento de su destino: “es” porque canta” (Poca, 2002, pág. 12).

Ovidio relata en “Las metamorfosis” (1999) la historia de este personaje que, al sufrir la muerte de su amada Eurídice, se aventuró al mundo de las sombras para recuperarla. Logró la complacencia de

Plutón y Proserpina gracias a su hermoso canto y su talento con la lira. Se permitió a la pareja volver al mundo de los vivos con una condición: Orfeo debía ir delante de Eurídice, y sólo podía mirarla cuando ambos estuviesen fuera del infierno. En el camino de regreso, el impulsivo amante quiso preguntar a su esposa cómo estaba, y al mirarla esta desapareció para siempre:

- Un extraño *olvido* impele a Orfeo a conseguir a Eurídice justamente cuando ésta no puede ser observada y por ello, solo la *traición* describe el movimiento por el que se constituye su obra, que no es sino *desobra*, la visión de algo *invisible* que equivale a una *ausencia sin fin*. (Poca, 2002, págs. 11-12)

Este mito introduce la tragedia con algo simple: la mirada de Orfeo a Eurídice. Es un acto impulsivo, trasgresor e inevitable que se denominará *mirada órfica*. La ruptura del *gesto apolíneo* aparece con el desacierto y, por lo tanto, surge la *desobra*, que en este caso ya no sólo alude al *olvido* sino al poder creador del yerro.

Orfeo, tras el desvanecimiento de Eurídice, adquiere un talento aún mayor para cantar y sonar su lira. Su tristeza es efusión artística: hace reverdecer los prados, revive la fauna y la flora con su música y es deseado por las Bacantes, que terminan descuartizando al triste aedo al ser rechazadas por este.

En conclusión, el *viraje órfico* también tiene tres componentes que se desglosarán más adelante: *mirada órfica*, *desobra* y *conflicto*.

La mirada órfica en "¿Cuánta tierra necesita un hombre?", de León Tolstoi (2004)

Pajom es un campesino que trabaja un pequeño trozo de tierra de manera casi sagrada. Tiene su familia y algunas propiedades. En una discusión con su cuñada asegura que, si tuviera mayor cantidad de tierra, no temería ni al diablo. Este último escucha tal afirmación y decide intervenir en el curso de las cosas durante el relato. Con esto se siembra la semilla del *viraje órfico* en la historia.

Gracias a un negocio colectivo entre varios campesinos del lugar, Pajom consigue acceder a un predio más amplio, mejora su capacidad

de cultivo, consigue más dinero del pensado y ve en su nueva tierra un gran potencial. Podemos hablar acá de un *gesto apolíneo* que germina a la par con el *conflicto*. El campesino comienza a tener problemas con su adquisición y riñe con sus vecinos, asunto que Tolstoi refiere bellamente así: “Desde entonces, Pajom vivía más holgadamente en la tierra; pero con más estrechez en el mundo.” (pág. 209). Esto es lo que activa en el personaje principal la *mirada órfica*. Pajom conoce a un viajero, de más allá del Volga, que le cuenta acerca de un lugar en donde es posible conseguir muy buenas tierras y por valor casi nulo.

La *mirada órfica*, traducida en inconformidad, asalta al campesino quien decide buscar la manera de conseguir, una vez más, mayor cantidad de tierra:

Preparó las cosas y, al comenzar el verano, emprendió el camino. Fue a Samara por el Volga, embarcado en un vapor; y luego recorrió el resto del trayecto a pie. Al llegar, comprobó que todo lo que le había dicho el caminante era cierto. Los campesinos vivían holgadamente, cada uno tenía una parcela de tierra y el Municipio acogía de buena gana a los nuevos. Si alguno tenía dinero, además de la parcela que se le asignaba, podía comprar, con derecho a perpetuidad, la cantidad que quisiese. La mejor tierra costaba poco y uno podía comprar toda la que le viniera en gana.

Enterado de esto, Pajom volvió a casa a principios del otoño. Vendió sus campos con beneficio, así como los animales, se dio de baja en el Municipio y, al llegar la primavera, se trasladó con su familia al nuevo lugar. (Pág, 210)

Pajom comienza a experimentar el fenómeno trágico. Pasó de tener un puñado de tierra, apenas trabajable, a tener un predio amplio y próspero; ahora quiere tener más tierra, vende todo lo que tiene y se entrega al azar del destino que, para su suerte, le termina beneficiando:

Para las cinco personas que formaban su familia, le asignaron una amplia parcela de tierra, en diferentes campos, además de los terrenos de pasto; y Pajom se construyó una casa y compró animales. Sólo en terrenos concedidos tenía ahora tres veces más que antes. Además, la tierra era muy fértil. Su vida en la aldea nueva resultaba diez veces mejor que la anterior. Podía mantener a todos los animales de quisiera. (pág, 210)

Sin embargo, con su *mirada órfica* latente, Pajom no tarda en volverse a sentir estrecho. Empieza a comparar su situación con la de sus vecinos y, de nuevo, concluye que tiene que conseguir una mejor tierra para vivir bien. Intenta negociar con otros propietarios y conoce a un comerciante que le habla de un mejor negocio: un lugar en el que se venden grandes extensiones de terreno a mejor costo que en donde habita y la negociación es demasiado simple:

—Lo único que he hecho ha sido halagar a los viejos. Les he regalado vestidos, alfombras y té, por valor de cien rublos; y obsequié con buen vino a los que bebían. Así pude comprar la tierra a razón de veinte cópecs. (pág. 212)

La *mirada órfica* interviene:

—¿Por qué he de gastar mil quinientos rublos y contraer una deuda cuando allí, por el mismo dinero, podría ser propietario Dios sabe de cuánta tierra?, se dijo Pajom. (pág. 212)

Decide viajar a este lugar acompañado de un obrero. Toma en cuenta la información dada por el comerciante y consigue todo para llevar a cabo el negocio. Llega al sitio habitado por los bashkiros, interactúa con ellos y conoce al patriarca del pueblo, les colma de finezas y consigue el esperado ofrecimiento:

—Puedes tomar la tierra que te agrade; poseemos mucha.
—¿Cómo haremos? Será preciso cerrar un trato, porque si no, tal vez puedan decirme un día que la tierra no es mía, y me la quiten—, pensó Pajom. (pág. 214)

De esta manera Pajom consigue legalizar la tierra que piensa adquirir porque el patriarca accede a elaborar un documento de propiedad en perpetuidad. Este último prosigue la negociación y da al campesino un dato que acrecienta la *mirada órfica* del personaje:

—¿Cuál es el precio? —preguntó Pajom.
—Nuestro precio es único: mil rublos por jornada.

- ¿Qué medida es ésa? ¿Cuántas varas tiene? —preguntó Pajom, sin entender.
—No sabemos hacer el cálculo. Vendemos por jornadas. El terreno que recorras en una jornada será tuyo; y su precio es de mil rublos.
—Se puede recorrer mucha tierra en un día —exclamó Pajom, sorprendido.
—Pues toda será tuya —replicaron echándose a reír. —Pero con una condición: si no vuelves el mismo día al punto de partida, perderás el dinero. (pág. 215)

Esta conversación hace que Pajom reboce de ambición. Fragua la estrategia para obtener la mayor cantidad de terreno. Llega el momento de hacer efectivo el trato con los bashkiros. El avaro campesino recibe instrucciones precisas sobre la manera como debe delimitar la propiedad que vaya adquiriendo, y se le resalta que debe volver ese mismo día al punto de partida. De lo contrario perderá todo, lo cual desembocaría en un gran *viraje órfico*.

Pajom emprende su camino y en ese recorrido experimenta los lances más violentos de su *mirada órfica*:

- Al mirar el sol, Pajom vio que era la hora de almuerzo.
—Ha transcurrido ya la cuarta parte de la jornada, aún es pronto para dar vuelta. Me voy a descalzar —se dijo. Se sentó para quitarse las botas; las colgó del cinturón y reemprendió la marcha. Así podía caminar más ligero. —Recorreré algo más y luego torceré hacia la izquierda. Este lugar es magnífico; da lástima abandonarlo. Cuanto más avanzo mejor me parece —pensó. Y continuó andando, en línea recta. (Pág. 218)

No es suficiente para Pajom:

- Había recorrido mucho en aquella dirección y ya se disponía a torcer hacia la izquierda, cuando de pronto vio un valle y le dio lástima abandonarlo.
—Aquí se dará bien el lino —pensó, siguiendo en línea recta. (Pág. 219)

Ya ha invertido la mayor parte del día en un recorrido guiado por su avaricia, la *mirada órfica* es su brújula. Está exhausto, ya no da más porque desgasta sus esfuerzos en abarcar mucha tierra sin pensar en el regreso al punto de partida:

Sentía un gran cansancio. Estaba sofocado, tenía los pies doloridos –por haber caminado descalzo– y le flaqueaban las piernas. Le hubiera gustado descansar; pero no podía hacerlo, porque no llegaría a la meta antes de la puesta del sol. Y el sol no esperaba; seguía declinando por momentos. –¿Dios mío, no me habré equivocado? (pág. 219)

Pajom empieza a comprender que su obrar no fue el más acertado. La *mirada órfica* funciona y lleva al personaje al yerro inminente. Acelera el paso como humanamente puede para poder reclamar para sí toda la tierra recorrida. Logra llegar, pero su impertinencia pasa factura:

Cayó de bruces, alcanzando el gorro con las manos.
 –¡Eres un valiente! ¡Qué cantidad de tierra abarcaste!
 El criado acudió corriendo para levantarlo; pero Pajom sangraba por la boca. Había muerto.
 Los *bashkiros* chasquearon la lengua para demostrar que sentían la muerte de Pajom. El obrero cavó una fosa aproximadamente de la longitud del cadáver, y enterró a su amo. (pág. 221)

El cuento termina de manera casi burlesca. Pajom sucumbe ante el designio del destino: malgastó su vida haciendo que su tierra creciera y sólo terminó necesitando una pequeña fosa del tamaño de su cuerpo para encontrar la paz.

La desobra en “La niña muerta” de Gabrielle Roy (2013)

Una maestra recuerda una experiencia temprana de su vida profesional. Todo sucede en una alejada población de Manitoba. Carece de experiencia por ser demasiado joven y, desde el momento en que llega, el *viraje órfico* aparece para indicar que este lugar no es nada placentero:

Acababa de llegar a un pequeño poblado de Manitoba para terminar el año escolar en remplazo de la maestra, que se había enfermado, o desanimado, qué sé yo. (pág. 109)

La mujer explica en el relato cómo llegó allí. Está recién graduada de una Escuela Normal y recibe la oportunidad de cubrir una licencia para ganar experiencia. Será maestra sustituta:

Fue así como me encontré a comienzos de junio en aquel poblado, tan pobre, con cabañas construidas en la arena y circundado apenas por raquíticos arbustos de espino. “¿Un solo mes —me dije— bastará para acercarme a los chicos, y para que ellos se habitúen a mí? Un mes; ¿valdrá la pena el esfuerzo?”. (pág. 110)

En su primera interacción con los estudiantes, la maestra percibe un ambiente ríspido y resistente. Asume que, por lo general, los niños son así, pero cuando llama a lista se encuentra con la gran sorpresa del cuento:

Llegué a este nombre:

—Yolande Chartrand.

Nadie respondió. El calor aumentaba a cada minuto. Me enjuagué el sudor de la frente. Repetí el nombre, y otra vez no hubo respuesta. Observé sus rostros, que me parecieron totalmente indiferentes. De pronto, desde el fondo de la clase se elevó por encima del zumbido de las moscas una voz que no logré ubicar de inmediato:

—Está muerta, señorita. Murió anoche. (pág. 111)

La maestra sustituta se encuentra ante una situación bastante atípica: una de sus alumnas murió la noche anterior a su llegada. El *viraje órfico* sigue latente. Ella indaga sobre lo que sucede y sus estudiantes le dicen que la niña muerta aún está en casa. La protagonista invita a la clase a visitar a su difunta compañerita, y al llegar encuentran la escena de un velorio bastante humilde. Descubren que los padres de la niña se han ausentado:

Mientras tanto, la niña se había quedado sola en aquella habitación desocupada para ella; es decir, sola con las moscas. Un ligero olor a muerto las atraía ya desde lejos. (Pág. 114)

Con la presencia de la muerte aparece el mayor de los *virajes órficos*. El tiempo que la maestra sustituta pasa junto al cadáver inicia *la desobra* del relato, porque desde la defunción se empieza a construir un personaje:

Podría tener diez u once años. Si hubiera vivido un poco más habría sido una de mis alumnas, pensé. Habría aprendido algo de mí. Algo había podido grabar en su espíritu. Un vínculo se habría establecido entre esta pequeña desconocida y yo, quién sabe, durante toda la vida quizás. (Pág. 115)

Esto demuestra que desde *la desobra* es posible la creación. La maestra decide averiguar con los niños sobre Yolande para completar su proceso re-creativo. Lo primero que le cuentan es que murió de tuberculosis; sigue indagando y puede conocer algo de su carácter: niña seria, amante de los libros y de la ropa con adornos.

¿Pero por qué, por qué este recuerdo de la niña muerta ha venido a asaltarme hoy, en plena mitad del verano que canta?
¿Es el perfume de las rosas, ahora mismo sobre el viento, el que me lo ha traído? Perfume que nunca volví a amar como en aquel junio lejano, cuando fui al más pobre de los poblados para adquirir, como se dice, un poco de experiencia. (Pág. 119-120)

El relato presenta la construcción de un personaje que resulta familiar para la protagonista: *la desobra* de lo órfico crea de la misma manera que *la obra* de lo apolíneo, porque ambas constituyen la potencia vital de la *tragedia creadora*.

El conflicto en “La tragedia del minero”, de Efe Gómez (1999)

El *viraje órfico* entra en *conflicto* cuando, tras su aparición, la historia presenta un nuevo movimiento ascendente (*gesto apolíneo*): una curación, una resurrección o un nacimiento, por dar algunos ejemplos. En este relato de Efe Gómez sucede algo así. Todo comienza con una aglomeración de gente en oración y a la espera de algo o alguien:

Se oyen pisadas en los corredores del exterior. Se entremiran azorados. Se ponen de pies. Se abre la puerta del salón, y van entrando, descubiertos, silenciosos, Juan Gálvez, los Tabares, padre e hijo, y los dos Restrepo. Son los mineros que se fueron a veranear a las selvas de las laderas del remoto río que corre por arenales auríferos. Se han vuelto porque el invierno se entró.

—¿Y Manuel? —pregunta Doña Luz.

Silencio.

—¿Se quedó de paso en su casa?

—No, señora.

—¿Y entonces?

Silencio nuevo.

—¿Pero qué pasa? Su mujer lo espera por instantes. Quiere —naturalmente— que esté con ella en el trance que se le acerca.

—¡Pobre Dolores! —dice Micaela—. De esta llenada de luna no pasa.

A Juan Gálvez empiezan a movérsele los bigotes de tigre: va a hablar.

—Que se cumpla la voluntad de Dios, señora —dice al fin—. Manuel no volverá.
(pág. 73-74)

En lo sucesivo Juan Gálvez comunica que aquel por quien están preguntando sufrió un terrible accidente mientras estaba sacando oro de una veta enorme. El acceso a ese lugar, un enorme organal, era demasiado estrecho, la tierra misma estaba dando indicios de que era mejor no ingresar, pero aquí se activa *la mirada órfica* del cuento: Manuel ingresó y sus amigos esperaban en la entrada. El intrépido minero empezó a sacar oro. Los demás lo recibían y lo lavaban. Había demasiado y todos estaban plétóricos de gozo cuando sobrevino el *viraje órfico*:

Los compañeros salieron a lavar afuera, a bocas del socavón, la batea que Manuel acababa de alargarnos. Yo me puse a prender mi pipa y a chuparla, y a chuparla... Cuando de golpe, ¡tran! Cimbró el organal y tembló el mundo. De susto me tragué la pipa que tenían entre los dientes. La vela se me cayó, o también me la tragaría. Me quedé a oscuras... ¡Y las prendo! Tendido de barriga, corría, arrastrándome, como se me hubiera vuelto agua y rodara por una cañería abajo. No me acordé de Manuel... pa qué sino la verdá. (Pág. 75-76)

Un terrible derrumbe en la mina echa por tierra el trabajo de los hombres que, luego de la confusión del hecho, quieren averiguar la suerte del pobre Manuel. Descubren que su amigo está vivo, pero atrapado tras toneladas de piedra. Quieren ayudar a su compañero en tremenda adversidad, pero este, al otro lado, asume una actitud de resignación que ya no lo abandonará durante el resto de la historia:

Volví a gritar, arrimando la boca a una grieta por donde cabía apenas la mano de canto:

—¡Manuel!

—¡Oooh!... —respondieron al mucho rato, por allá, desde muy hondo. Desde muy hondo...

—¿Qué hubo, hombre?

—A mí déjenme quieto.

—¿Pero qué fue, hombre?

—Por mí no se afanen. Ya yo no soy de esta vida.

—¿Qué pasa, hombre, pues?

—Encerrado como en el sepulcro... De aquí ya no me saca nadie... Sacaré Dios el alma cuando me muera... Si es que se acuerda de mí.

—Buscá, hombre, tal vez quedará alguna juntura, por onde...

—He buscado ya por todas partes... Los pedrones, juntos, apretados... ¡Y qué pedrones!... Tengo una sed...

Inventamos un popo, por onde le echábamos agua y cacaíto.

Así nos estuvimos ocho días: callaos, mano sobre mano, como en un velorio.
(pág. 77-78)

Manuel asume su trágico destino de manera estoica, mientras que sus compañeros tratan de dar solución algo que, a todas luces, no la tiene. El asunto se torna insostenible porque los víveres empiezan a escasear y, de paso, el minero atrapado pide a sus compañeros que lo dejen ya tranquilo, que vuelvan a sus casas sin él:

—Váyanse muchachos... ya hay agua aquí. Con el invierno ha brotado entre las piedras... Déjenme los tabacos que puedan, fósforos y mecha, y... váyanse... ¿Qué se suplen con estarse ai...? Váyanse, les digo. Déjenme a mí el alma quieta: ya yo estoy resignao a mi suerte. Lo único que siento es

no conocer el hijo que me va a nacer, o que me habrá nacido ya. ¡Pobrecito güerfano!... Me le dicen a doña Luz que ai se los dejo... a él y a Dolores. Que los cuide como propios... y no me llamen más, porque no les contesto... ¿Qué hacíamos, pues, nosotros? Venirnos. Venirnos y dejarlo: ¡Cosa más berrionda! (pág. 79)

Todo se hace más sombrío con esa última intervención de Manuel que ya piensa como muerto en proceso. Sus compañeros deciden regresar. En este punto del cuento el *viraje órfico* está presente en exceso: hay yerro, dolor y muerte. Justo ahora es cuando surge el *conflicto*. Dolores, al darse cuenta de la fatídica suerte de su esposo, entra en un estado de aturdimiento tal que su parto se acelera:

Abre los brazos, da un grito y cae al suelo, retorciéndose entre los dolores del parto.

Se lanza doña Luz, severa, enérgica, bella, y hace salir a los hombres y a los niños. (pág. 80)

La señalada muerte de Manuel contrasta con el repentino nacimiento de su hijo. El movimiento descendente del relato termina siendo ascendente en las dos líneas finales, y el *viraje órfico* se transforma en *gesto apolíneo* antes del punto final.

Heterotopía del yerro

Omnia mutantur, nihil interit.

Ovidio

La *heterotopía del yerro* es el modo en que lugares u objetos se modifican en términos de lo trágico. Michel Foucault define la heterotopía como una yuxtaposición de realidades. En sus palabras, el espacio se concibe a través de relaciones de emplazamiento, es decir, las diversas formas que tienen las personas para relacionarse con su entorno. Es así como se entiende que el espacio es un *todo heterogéneo*.

Ya lo decía el teórico francés: “vivimos dentro de un conjunto de relaciones que definen emplazamientos irreductibles unos a otros y en absoluto en superposición” (2020). Cuando el emplazamiento en un espacio muta, se produce una fractura de la realidad y surge la *heterotopía*. En la *heterotopía del yerro* es una *desobra* la que emana la fractura, que en ese caso se llama *grieta heterotópica*.

El quinto principio de las heterotopías de Foucault precisa que a estas no se accede de repente. Que el ingreso se logra por asuntos de coerción o por medio de una práctica ritual. La *heterotopía del yerro* rompe con este principio, ya que a ella se puede acceder de manera súbita, toda vez que la *mirada órfica* es impulsiva, trasgresora y conjura la *desobra* de formas inadvertidas; se compone de la, ya referida *grieta heterotópica* y de la *mutación de emplazamiento*, que se van a desplegar a continuación en los casos relacionados.

Caso 1: “El mantel”, de Óscar Hernández Monsalve (1999)

Este cuento corto tiene entre sus líneas un episodio dantesco e inquietante. La historia inicial se desarrolla en una fábrica textil y allí existe una máquina llamada La Diabla; esta recibe los retazos de tela sobrantes de otros procesos para convertirlos en un material más grueso que se utiliza para hacer manteles. Debe su nombre a la mala reputación que tiene, pues todo lo que cae allí desaparece entre feroces cuchillas y agujas.

Sucede que el operario encargado de La Diabla sufre un accidente y cae en ella. Esto supone la aparición del *viraje órfico*:

La máquina fue detenida. Se desconectaron los interruptores y se escuchó su lenta agonía al faltarle la corriente eléctrica. Muchas personas se asomaron al fondo de la máquina, miraron, miraron en el fondo de ella, repasaron con los ojos esas cuchillas que antes se explicaban perfectamente, y que ahora no entendían. Se habían vuelto llenas de misterio... (pág. 290)

El hecho de que la gente se asome al fondo de la máquina y ya no reconozca lo que allí se ve, indica que el espacio ha sufrido una *grieta heterotópica* y esto causa una transformación, tal como menciona el texto:

La Diabla se había hecho importante. Antes no era más que un organismo de hierro, lleno de locura y de ruidos que a nadie mortificaban. Ahora se transformaba en una entidad culpada. Chirriaba de manera distinta, hacía su arranque con un ceremonial homicida. (pág. 290-292)

La segunda parte de la historia presenta un par de personajes que van a almorzar. Están sentados y expresan tener mucha hambre. La mujer que está atendiéndolos empieza a preparar la mesa para traer la comida y extiende sobre esta un mantel. Luego, al terminar de llegar el pedido, uno de los comensales se turba y mira fijamente la tela que cubre la mesa:

—¿Qué ocurre?— le dijo el compañero.

—Nada, que no tengo apetito.

—¿Qué no tenés?

—Sí, no tengo. Se me quitó.

—¿Y eso?— El otro habló mientras comenzaba a saborear la sopa y degustarla.

—Es que, sabés, yo conozco mucho esa tela.

—Una tela ordinaria, como hay muchas.

—Pero es que...

—...es que...—atajó el otro—, es primero el hambre que todo.

—No hombre, esa tela es hecha con lo que muele la máquina aquella y allá cayó un trabajador hace algunos días.

—¿La máquina? ¿Y eso qué tiene que ver?

—Pues que esta tela puede tener sangre de él, carne de él. No puedo comer. (pág. 293)

Y concluye:

—Algo de él debe haber en este mantel. Yo conozco bien esas telas. (pág. 294)

Este personaje experimenta una *mutación de emplazamiento* relacionada con la *grieta heterotópica* producto del fatal accidente en La Diabla. Así se completa el ciclo que concibe la *heterotopía del yerro*.

Caso 2: “La muerta (¿Fue un sueño?)”, de Guy de Maupassant (2008)

Un afligido hombre cuenta, con sumo detalle de pesares, la historia del deceso de su amada, quien llegó una noche a casa en medio de una fuerte tormenta, y, debido a ello, contrajo una enfermedad respiratoria que no pudo superar. Esta muerte constituye el *viraje órfico*. El ferviente amante casi pierde el seso:

Me consultaron acerca del entierro pero no recuerdo nada de lo que dijeron, aunque sí recuerdo el ataúd y el sonido del martillo cuando clavaban la tapa, encerrándola a ella dentro. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!
¡Ella estaba enterrada! ¡Enterrada! ¡Ella! ¡En aquel agujero! Vinieron algunas personas... mujeres amigas. Me marché de allí corriendo. Corrí y luego anduve a través de las calles, regresé a casa y al día siguiente emprendí un viaje. (pág. 16)

El espacio se enrarece a propósito de la muerte de la mujer y esto provoca una *grieta heterotópica* que resulta insoportable para el viudo quien decide irse de viaje. Pasado algún tiempo regresa a casa y lo inevitable se manifiesta:

Ayer regresé a París, y cuando vi de nuevo mi habitación —nuestra habitación, nuestra cama, nuestros muebles, todo lo que queda de la vida de un ser humano después de su muerte—, me invadió tal oleada de nostalgia y de pesar, que sentí deseos de abrir la ventana y de arrojarme a la calle. No podía permanecer ya entre aquellas cosas, entre aquellas paredes que la habían encerrado y la habían cobijado, que conservaban un millar de átomos de ella, de su piel y de su aliento, en sus imperceptibles grietas. Cogí mi sombrero para marcharme, y antes de llegar a la puerta pasé junto al gran espejo del vestíbulo, el espejo que ella había colocado allí para poder contemplarse todos los días de la cabeza a los pies, en el momento de salir, para ver si lo que llevaba le caía bien, y era lindo, desde sus pequeños zapatos hasta su sombrero. (pág. 17)

El hombre vuelve del viaje a pagar su deuda con la *mutación de emplazamiento*. Sufrir cada rincón de su casa, *agrietada* por los recuerdos. Incluso, piensa en el suicidio. La *heterotopía del yerro* está consumada.

Decide ignorar todo lo que le recuerda a su esposa viva y se marcha al cementerio para recordarla muerta. Allí encuentra su tumba con este epitafio: *Amó, fue amada y murió* (pág. 18). Entra en un estado de delirio que lo lleva a sentirse cómodo en este “triste y hermoso jardín alimentado con carne humana” (pág. 19), como él lo llama. La noche le sorprende deambulando entre las tumbas y sucede lo impensado: los muertos salen de sus sepulcros a corregir las dedicatorias que sus familiares les escribieron: quieren cambiar lo que allí está escrito por la verdad. El, ahora, impertérrito amante supone que también su esposa ha salido del nicho y corre presuroso a encontrarla. Lo logra y, de paso, descubre que ella también modificó la leyenda de su entierro por esta: *Habiendo salido un día de lluvia para engañar a su amante esposo, pilló una pulmonía y murió* (pág. 23). El cuento finaliza con las siguientes líneas:

Parece que me encontraron al romper el día, tendido sobre la tumba, sin conocimiento. (pág. 23)

El encuentro final entre los dos amantes da lugar a un nuevo *viraje órfico* y de paso a otra *grieta heterotópica* que derriban por completo al personaje principal.

Caso 3: “El corazón delator”, de Edgar Allan Poe (2014)

El narrador de esta historia cuenta, con lujo de detalles, la aversión que le produce mirar un ojo del viejo con quien comparte vivienda. Aclara que no tiene nada en contra del anciano hombre, pero sí contra su *ojo de buitre*, y piensa asesinarlo. Confiesa que, por espacio de siete noches, y de modo casi ritual, estuvo acechando en silencio a su potencial víctima, a la espera del momento oportuno para liquidarlo. A la octava noche aparece el yerro de la historia.

Un error de cálculo del novato asesino despierta al viejo quien entra en pánico y alerta máxima. La escena genera la tensión suficiente para desembocar en el *viraje* órfico esperado. El corazón del avejentado hombre late de tal forma que su victimario lo puede escuchar. Ocurre el ataque y el homicidio se lleva a cabo:

¡La hora del viejo había sonado! Lanzando un alarido, abrí del todo la linterna y me precipité en la habitación. El viejo clamó una vez... nada más que una vez. Me bastó un segundo para arrojarle al suelo y echarle encima el pesado colchón. Sonreí alegremente al ver lo fácil que me había resultado todo. Pero, durante varios minutos, el corazón siguió latiendo con un sonido ahogado. Claro que no me preocupaba, pues nadie podría escucharlo a través de las paredes. Cesó, por fin, de latir. El viejo había muerto. Levanté el colchón y examiné el cadáver. Sí, estaba muerto, completamente muerto. Apoyé la mano sobre el corazón y la mantuve así largo tiempo. No se sentía el menor latido. El viejo estaba bien muerto. Su ojo no volvería a molestarme. (pág. 37)

Como si la muerte no fuera suficiente factor para generar una *grieta heterotópica* en la habitación, el asesino descuartiza el cuerpo y lo esconde bajo la madera del piso:

Levanté luego tres planchas del piso de la habitación y escondí los restos en el hueco. Volví a colocar los tablones con tanta habilidad que ningún ojo humano —ni siquiera el suyo— hubiera podido advertir la menor diferencia. No había nada que lavar... ninguna mancha... ningún rastro de sangre. Yo era demasiado precavido para eso. Una cuba había recogido todo... ¡ja, ja! (pág. 37)

El espacio ya se encuentra *agrietado* pero aún no es perceptible. Tiene que pasar un buen rato para que esto suceda. Tres policías se hacen presentes en el lugar de los hechos. Alguien que escuchó el sobresalto les alertó. El asesino, en total calma, les invita a pasar y allí todo cambia ya que, mientras responde algunas preguntas, se siente indispuerto. A esto se suma la irrupción de un sonido que sólo él puede percibir. Inicialmente es débil, pero va aumentando a tal punto que invade toda la casa. Los policías no escuchan nada, pero el criminal está a punto de colapsar pues el ruido le taladraba la cabeza:

Y entretanto los hombres seguían charlando plácidamente y sonriendo. ¿Era posible que no oyeran? ¡Santo Dios! ¡No, no! ¡Claro que oían y que sospechaban! ¡Sabían... y se estaban burlando de mi horror! ¡Sí, así lo pensé y así lo pienso hoy! ¡Pero cualquier cosa era preferible a aquella agonía! ¡Cualquier cosa sería más tolerable que aquel escarnio! ¡No podía soportar más tiempo sus

sonrisas hipócritas! ¡Sentí que tenía que gritar o morir, y entonces... otra vez... escuchen... más fuerte... más fuerte... más fuerte... más fuerte! —¡Basta ya de fingir, malvados! —aullé—. ¡Confieso que lo maté! ¡Levanten esos tablones! ¡Ahí... ahí! ¡Donde está latiendo su horrible corazón! (pág. 39)

La *mutación del emplazamiento* aparece en este pasaje final del cuento y se configura la *heterotopía del yerro*, cuando el asesino es devastado por el mismo sonido que había precedido su crimen: el latido del corazón de su víctima.

CAPÍTULO 2
ROSTROS DE LA *TRAGEDIA*
CREADORA

Para la creación de los personajes descritos a continuación, se usó una ¹rúbrica, producto de ejercicios de escritura dramática combinados con la conceptualización atinente a la *Tragedia creadora* (ver Anexo 1). El programa sugiere la utilización de este tipo de instrumentos, pero admite que se modifiquen a la luz de las necesidades del investigador. La finalidad del uso de estos recursos es extraer del entorno todo aquello que cause afección; al final, luego de la triangulación de datos, lo que se obtiene es una suerte de “paleta de colores” con la cual se logran las tonalidades únicas de cada historia. Esta herramienta metodológica, estructurada a partir de elementos y variables personalizadas, fue el germen del componente creativo de esta pesquisa.

Los personajes acá caracterizados nacieron de la confluencia de diversos aspectos propios de la realidad, que terminaron hilando un universo en cada narración del capítulo 3. Muchos de los rasgos iniciales se conservaron hasta el final, mientras que algunos se suprimieron dando cabida a otros, que introdujeron nuevas situaciones no estipuladas originalmente. Esto se debe a que cada personaje se transformó al pasar de la rúbrica al texto narrativo, y ello devino, incluso, en representaciones gráficas, una suerte de “cinematografía”, que definió asuntos tales como su apariencia física y forma de vestir. La idea era acompañar la historia con ilustración para generar un diálogo entre ambas representaciones.

¹ La rúbrica está basada en el formato original, diseñado por María Marita Lopera Rendón.

Anexo 1

IDENTIDAD

NOMBRE

EDAD

OFICIO/PROFESIÓN

**GENERALIDAD
DEL AFUERA**

ESPACIO

TIEMPO

LO HABITABLE

LO INHABITABLE

AZAR O LO IMPREVISTO

MUNDO DE ÉL O ELLA

IDENTIDAD

Posición moral, económica,
social, política, cultural.

SUSTANCIA

Relaciones, atributos,
contradicciones, enigmas.

ORGANIZACIÓN

Objetivo manifiesto, objetivos
ocultos.

FORMA

Sensorialidad, motricidad,
oralidad, aspecto.

FORMAS BÁSICAS DE LO REAL

MIRADA ÓRFICA

**SUBTEXTO O MONÓLOGO
INTERNO (A-B AUSENTE)**

Anexo 2

IDENTIDAD					
NOMBRE		Luis Manuel Sánchez Rúa			
EDAD		70 años			
OFICIO/PROFESIÓN		Médico forense			
GENERALIDAD DEL AFUERA	ESPACIO	TIEMPO	LO HABITABLE	LO INHABITABLE	AZAR O LO IMPREVISTO
MUNDO DE ÉL	Mientras tuvo vida laboral, su espacio fue Medicina Legal, con sus salas y camillas; ahora, jubilado, el espacio es su casa, su cuarto para más precisión.	Tiempo presente, recién entrando a su jubilación.	Su trabajo y la muerte le han resultado los asuntos más habitables desde hace muchos años.	Tiempo en familia porque lo relaciona con el ocio, con <i>no tener nada que hacer</i> .	No poder volver a su trabajo. Aun cuando hace cinco años se jubiló decidió seguir yendo a trabajar, pero ya le fue prohibido.
IDENTIDAD Posición moral, económica, social, política, cultural.	Lo que más define a Luis Manuel es su entrega por el trabajo, está convencido de que es lo principal en la vida. Esto le ha permitido darse buenos gustos y, de paso, lograr que sus tres hijos estudien la carrera que quieran. Amante de la lectura, tiene una gran colección de relato y novela detectivesca, le gusta pensarse en su trabajo como un personaje de Edgar Allan Poe o Agatha Christie.				
SUSTANCIA Relaciones, atributos, contradicciones, enigmas.	Decidió refugiarse en su memoria, en el pasado con sus amigos los muertos, el presente con los vivos lo hasta.		Su relación con los muertos define su más estrecho círculo social; asegura que con ellos encuentra la calma que los vivos no ofrecen.	Aunque ha sido un esposo y padre intachable en cuanto a responsabilidad, es demasiado frívolo para tratar a sus seres cercanos, porque queridos, quién sabe.	Ahora que se estrena en la vida de jubilado se dedica a ver fotografías que tomó, a escondidas, cuando recibía casos que consideraba excepcionales. Nadie conoce esas fotos y, probablemente, nadie las conocerá.

GENERALIDAD DEL AFUERA	ESPACIO	TIEMPO	LO HABITABLE	LO INHABITABLE	AZAR O LO IMPREVISTO
MUNDO DE ÉL					
ORGANIZACIÓN Objetivo manifiesto, objetivos ocultos.	Su objetivo manifiesto siempre fue ser fiel a su trabajo.			Su objetivo oculto tiene que ver con su memoria y sus muertos.	
FORMA Sensorialidad, motricidad, oralidad, aspecto.	Mide 1,65 cm, es delgado; de mirada pesarosa y habla pausada. Usa lentes de mucho aumento, su cabello es blanco y corto.	Camina lento, sin prisa, pues asume que mientras menos corra más aplaza su inexorable final.	Posee un vocabulario amplio y lo demuestra en su escasa interacción con los demás. Tiene una postura gibada y esto se debe a que pasó muchos años de su vida agachado, revisando cadáveres.		
FORMAS BÁSICAS DE LO REAL	Mantener su habitación con el mismo orden milimétrico con que mantenía su sala médica. Allí nadie entra, ni su esposa.	Las formas básicas de lo real en su vida se han fundamentado en ejercer su labor y ampliar su conocimiento.		Sus muertos y sus memorias le recuerdan lo que ha valido la pena en su vida.	
MIRADA ÓRFICA	Se siente ahogado entre tantos vivos.	Pasar tanto tiempo con gente lo lleva a refugiarse en su pasado.	Compartir tanto con su familia le obliga a alternar su realidad.	Recurre a sus <i>memorias ocultas</i> para alienarse de lo que sucede.	
SUBTEXTO O MONÓLOGO INTERNO (A-B AUSENTE)	Recua de malagradecidos; sacarme de esa manera tan ruin de mi trabajo... ¡vivos tenían que estar! 50 años de mi vida excretados por la puerta de atrás. Yo me debí haber ido cuando cumplí la edad, no me les debí regalar de esa manera... ¡y ya hoy soy esto!, un viejo sentado en una silla viendo alboradas y crepúsculos de manera tan impávida que me extenua. Yo estorbo en esta casa. Gertrudis apenas me alza a ver y esos tres muchachos no arriman a nada por esta habitación, como que les diera pena un papá tan mayor... Pero hasta mejor, a mí me atasca la voz humana. ¡Acá, junto a mi cama, tengo lo que necesito para no terminarme enloqueciendo de vida! Yo soy mi Dupin de la Calle Morgue, mi Poirot del Orient Express... De acá, que nadie me toque nada, que nadie me mueva nada, ¡que nadie nada! Menos mal existen mis recuerdos, así me digan que sufro de exceso de pasado, prefiero eso a experimentar esta vacuidad de presente. ¿Qué fotos viera hoy?... ¿a dónde fuera hoy?... ¿tendré a dónde más ir a estas alturas?... es posible que a dónde ir no tenga, pero sí a dónde volver, hay que ir viendo cómo.				

Anexo 3

IDENTIDAD					
NOMBRE		Arnobi de Jesús Orozco López			
EDAD		18 años			
OFICIO/PROFESIÓN		Ladrón			
GENERALIDAD DEL AFUERA	ESPACIO	TIEMPO	LO HABITABLE	LO INHABITABLE	AZAR O LO IMPREVISTO
	MUNDO DE ÉL				
<p>Su hogar es la calle aunque tiene casa; se está volviendo un experto en entrar a viviendas ajenas, en ausencia de sus dueños, para robar cosas de valor que después vende.</p>		<p>Años setenta del siglo XX, cuando empezaron a llegar personas desplazadas del campo y de otros municipios a poblar las laderas del Valle de Aburrá.</p>	<p>La calle con sus azares y peligros y la adrenalina de lo ilícito.</p>	<p>El hambre y la carestía de un hogar precario en el que no quiere ubicarse. No soporta ver sufrir a su familia, por eso optó por la calle.</p>	<p>Entre robo y robo existe la posibilidad de encontrar caras conocidas.</p>
<p>IDENTIDAD Posición moral, económica, social, política, cultural.</p>		<p>La necesidad es su moral: considera que se debe hacer lo que sea con tal de no pasar más hambre. Llegó a la ciudad hace diez años. Su familia fue desplazada por un grupo armado. Dejó de estudiar luego de repetir tres sextos porque supo que su vida no podía estar en las aulas mientras su madre buscaba sustento para él y sus tres hermanos menores. Empezó a trabajar repartiendo leche en el barrio pero sintió que no era suficiente.</p>			<p>Cuando tenga cédula busca un trabajo honrado.</p>
<p>SUSTANCIA Relaciones, atributos, contradicciones, enigmas.</p>		<p>No se relaciona con mucha gente porque considera que, en la calle, cada quien labra su camino así sea mal labrado.</p>	<p>Ama con profundidad a su madre quien se convirtió en su padre también (toda una rareza esta madre soltera) y ese amor le justifica las cosas que hace.</p>	<p>Por no ver sufrir a su familia es capaz de hacer sufrir la de los demás.</p>	<p>Espera no toparse con alguien conocido en un robo, porque no quiere empezar a “puntiar” gente, y si lo reconocen tendría que hacerlo.</p>

GENERALIDAD DEL AFUERA	ESPACIO	TIEMPO	LO HABITABLE	LO INHABITABLE	AZAR O LO IMPREVISTO
MUNDO DE ÉL					
ORGANIZACIÓN Objetivo manifiesto, objetivos ocultos.			Su objetivo manifiesto es que ni él ni los suyos pasen más necesidades, como sea.		
FORMA Sensorialidad, motricidad, oralidad, aspecto.	Mide 1.80 cm pero sigue creciendo. De compleción media. Tiene cabello corto.	Le gusta la "ropa americana", así que cuando tiene modo, se va para San Andresito a ver qué se puede comprar. Le gusta conseguir cosas para vestirse como los tangueros y salseros que ve en afiches y cuadros de cantinas.	Sus movimientos están claramente influenciados por su oficio: con delirio de persecución constante, siempre mirando para todas partes, manos en los bolsillos y paso rápido al andar.		
FORMAS BÁSICAS DE LO REAL	Habitar la calle e ir a casa sólo cuando tiene algo para aportar.	Estar a la moda.	Suplir la necesidad a como dé lugar.		
MIRADA ÓRFICA				Las opciones se están agotando, los lugares se están haciendo más concurridos. Está llegando más gente, posibles víctimas o posibles testigos, así que decide ir a lugares que pocos visitan.	Entrar a una casa en la que nadie, ni para bien ni para mal, quiere entrar.
SUBTEXTO O MONÓLOGO INTERNO (A-B AUSENTE)	Extraño mucho la vida en el pueblo... yo creo que si por mí fuera, nunca hubiera salido de allá. Llevo más tiempo viviendo en esta ciudad, pero yo no me siento de acá. De acá son mi hambre y mis necesidades, de resto nada. ¿Mi mamá en la casa lavando ropa ajena pa' que podamos comer y yo quieto dizque estudiando?, ¡no tiene cuando! Por eso me salí del colegio... por eso y porque no rendía: ya llevaba 3 sextos, el estudio no era pa' mí. A veces me gustaría hacer algo distinto, pero apenas tengo 18 años y a mí trabajo bueno no me resulta sin cédula. Un amigo me puso a trabajar ayudándole a repartir litros de leche en el barrio y nos repartíamos las cosas: ¡yo trabajaba y él cobraba! Así no funciono yo, por eso hago lo que hago. Tocó pegar pa' lejos de la casa, para que no me vayan a reconocer en estas, porque donde mi mamá se entere se muere de pena moral. Pero... ya hay mucha gente por ahí, va a tocar ensayar en casas, ¡ya tengo pistiada una, es de una gente de modo!...vamos a ver si me entro este fin de semana que la dejen sola...				

Anexo 4

IDENTIDAD					
NOMBRE		Manuela "Manoli" Ortiz Castro			
EDAD		24 años			
OFICIO/PROFESIÓN		Guitarrista de una banda de metal			
GENERALIDAD DEL AFUERA	ESPACIO	TIEMPO	LO HABITABLE	LO INHABITABLE	AZAR O LO IMPREVISTO
	Su vivienda es un garaje acondicionado como habitación y sala de ensayos.	Años 80 del siglo XX, en pleno apogeo del Glam Metal y el Punk.	Vivir en conciertos, ya sea de su banda GirlXXX o de bandas amigas; la noche y la fiesta.	Terminar sus estudios universitarios. Su familia siempre ha querido que sea ingeniera como su padre y claramente no es su intención. Evade reuniones familiares.	Es buena tocando guitarra pero siente que necesita mejorar. Hay nuevas bandas en la ciudad y tienen mucho talento.
MUNDO DE ELLA					
IDENTIDAD Posición moral, económica, social, política, cultural.			Está empeñada en sacar adelante su proyecto musical. Su banda tiene influencias de Joan Jett y Vixen. Tocan en bares y, ocasionalmente, les pagan bien, así que tiene que buscar entradas adicionales. Debe vivir con el estigma social que implica habitar el mundo del metal pero no tiene problema con eso, se siente bien desde "afuera".		
SUSTANCIA Relaciones, atributos, contradicciones, enigmas.		En el garaje mezclado con sala de ensayo viven también sus compañeras de banda, razón por la cual GirlXXX pasa temporadas de no saber cuándo termina un día y comienza el siguiente. Ensayo y fiesta están unidos.		La relación con su familia es conflictiva. Manoli considera que sus padres quieren materializar en ella sueños ajenos y no está de acuerdo con eso. Prefirió alejarse.	
ORGANIZACIÓN Objetivo manifiesto, objetivos ocultos.			Su objetivo manifiesto es ser la mejor guitarrista de la ciudad.		

GENERALIDAD DEL AFUERA	ESPACIO	TIEMPO	LO HABITABLE	LO INHABITABLE	AZAR O LO IMPREVISTO
MUNDO DE ELLA					
FORMA Sensorialidad, motricidad, oralidad, aspecto.	Mide 1.60, es delgada y rubia; le gusta hacerse mechones de varios colores en el cabello (sus modelos son Cindy Lauper y Blackie Lawless)	Usa camisetas de bandas como KISS, Kraken y Mötley Crüe, jeans rotos en las rodillas y tenis de bota.	Ha estado aprendiendo inglés gracias a las canciones que escucha. Es enérgica en el escenario y fuera de él también, parece en concierto constantemente.		
FORMAS BÁSICAS DE LO REAL	Acondicionó su habitación como sala de ensayos, quiere ser la mejor como sea.	Aprovecha que la escena está en furor y su banda ya tiene cierta fama local.	Su vida gira en torno a la música y ensayar para ser la mejor.		
MIRADA ÓRFICA					La ayuda de su novio no siempre es la más ortodoxa, pero, aun así, ella la recibe.
SUBTEXTO O MONÓLOGO INTERNO (A-B AUSENTE)	¡Qué guayabo tan verraco y estas viejas nada que se levantan! Tenemos ensayo enseguida, esta semana hay toque con Steel City y Leviatán. . . será ponerme a ensayar sola, no creo que ellas tengan mucho ánimo de nada, y de esa guitarrista de Leviatán están hablando mucho, es muy buena, yo no me puedo dejar opacar. Para hoy tenemos que renovar repertorio, si logramos tirarnos completa "If I close my eyes forever" de Lita Ford con Ozzy estamos hechas. . . ¡falta ver si aquel aparece para ensayar las voces de él!... Como le dio por salir anoche a no sé qué. . . Y tenemos ese toque justo el mismo día del cumpleaños de mi papá, ¡Don Alberto no debe querer verme porque no voy a ir!... aunque hace muchísimo tiempo siento que no quiere verme, desde que le dije que no quería estudiar ingeniería, y eso que él es el formalito de la casa y al menos me saluda cuando me ve. Mi mamá sí decidió hacer de cuenta que no existo. . . esa Doña Alba sí es fregadita con el genio. . . pero qué más puedo hacer, yo no quiero vivir mi vida tratando de cumplir sueños ajenos, yo tengo los míos. ¡Voy a ensayar y me luzco en escena!				

Anexo 5

IDENTIDAD					
NOMBRE		Elías Vásquez Torres			
EDAD		54			
OFICIO/PROFESIÓN		Tahúr			
GENERALIDAD DEL AFUERA	ESPACIO	TIEMPO	LO HABITABLE	LO INHABITABLE	AZAR O LO IMPREVISTO
MUNDO DE ÉL	Cantinas y garitas de pueblos. Todos aquellos lugares en los cuales el azar dicta el orden de las cosas.	Años 90 del siglo XX, en época de convulsión social asociada con la violencia del narcotráfico.	El azar y la vida nocturna son su hábitat; la incertidumbre guiando las acciones y la toma de decisiones. No hay nada fortuito, todo pasa por algo.	La estabilidad y la certidumbre porque le causan desconfianza. Prefiere tener la necesidad de echarlo todo a suertes.	Lo imprevisto de su vida tiene que ver con la decisión de querer controlar el azar.
IDENTIDAD Posición moral, económica, social, política, cultural.	Se abstiene de ingresar a ciertos lugares que son frecuentados por <i>bandidos</i> .		Ludópata pero honesto, no está de acuerdo con hacer trampa en el juego ya que considera que lo que fácil se gana, fácil se pierde. Escoge amasar sus ganancias en el buen orden del azar. Cuenta con una suerte envidiable que le ha hecho ganar fama de <i>ayudao</i> .		Por su fama de <i>ayudao</i> le han ofrecido apostar con plata de otros, pero él se niega porque no se sabe de dónde proviene el plante.
SUSTANCIA Relaciones, atributos, contradicciones, enigmas.		Tiene un grupo de amigos de toda la vida. Con ellos se ha pasado la mayor parte de sus noches desde hace unos 35 años. Nunca ha querido casarse, pero no le preocupa, considera que "sus dados nunca han caído para ese lado".		La suerte lo está llevando a una zona de confort que no quiere habitar, así que decide aceptar nuevos retos.	Su suerte es motivo de suspicacia entre los demás tahúres y esto se empieza a volver en su contra.
ORGANIZACIÓN Objetivo manifiesto, objetivos ocultos.			Su objetivo manifiesto es aumentar sus ganancias.		Su objetivo oculto es encontrar cómo mejorar, aún más, su suerte.

GENERALIDAD DEL AFUERA	ESPACIO	TIEMPO	LO HABITABLE	LO INHABITABLE	AZAR O LO IMPREVISTO
MUNDO DE ÉL					
FORMA Sensorialidad, motricidad, oralidad, aspecto.	Mide 1,70 cm de estatura, cabello negro con entradas y un bigote que le tapa el labio superior. Es robusto, con una barriga prominente ya que es de buen comer, pero también de buen beber.	Trata de no hacer muchos movimientos que considera innecesarios, porque en todo el tiempo que lleva garitiando ha aprendido que, en muchas ocasiones, el cuerpo habla más que la boca, y no quiere develarse tan fácilmente. Usa pantalón de paño café, camisa de manga corta y un carriel que era de su padre; allí guarda sus dados y todo mundo asegura que allí también guarda la razón de su enorme suerte.	Su habla es popular, con usos lingüísticos propios de la región antioqueña: prótesis, epéntesis, paragoges, etc.		
FORMAS BÁSICAS DE LO REAL	Haber hecho de los lugares que frecuenta su hogar en términos de juego, se siente como en casa en todos.	Conservar un círculo social relativamente sano en medio de todas las probabilidades de relacionarse mal en esa época.	Aumentar sus ganancias a juego puro, sin trampas ni amaños, y conservar esa virtud.		
MIRADA ÓRFICA				En el momento en que siente estar habitando la certidumbre y lo estable decide cambiar su <i>modus operandi</i> de tahúr.	Ingresar a lugares no frecuentados y acudir a métodos que antes consideraba poco ortodoxos, para mejorar su desempeño en el juego.
SUBTEXTO O MONÓLOGO INTERNO (A-B AUSENTE)	¡Teng'una fama de ayudao que ni mi dios paciencia! Yo es que, pa' mejor decir, ni sé porqu'es que me va tan bien jugando. Yo siempre he pensao quiai que ser honesto en esta vida, porque después le tenemos que dar cara a Diosito, y ¿con qué le sale un habiendo sido bien chagualero? Con deciles pues que yo no arrim'onde hay bandidos. Esa gente tiene plata maldita, con eso es mejor no tener trato'e nada porque ai sí se sala uno. Yo me arrecuerdo dialgo que decía papá, ¡alma bendita! . . . me decía él que en la mesa y en el juego, se conoce al caballero y mi honor no vale una tirada de dados, ¡no señor! A yo mihan bregao a echar mano pa jugale a los bandidos, que partimos ganancias, qu'esto y est'otro, ¡ni de fundas! Aunque, pa' qué, a veces me pica el bichito de la duda, de cómo será eso allá'dentro, dond'esa gente se mantiene, y manejar esos plantes de millones y esas cosas. . . pero esues llamar al enemigo malo, y ansina no me criaron a yo. Yo prejiere mil veces mis anetoles con honradez a tomame un güisqui o uesquei, como se diga esa carajada, con el corazón bien empantanao, ¡eso sí!				

Anexo 6

IDENTIDAD					
NOMBRE		Carolina Rincón Leal			
EDAD		26			
OFICIO/PROFESIÓN		Ama de casa			
GENERALIDAD DEL AFUERA	ESPACIO	TIEMPO	LO HABITABLE	LO INHABITABLE	AZAR O LO IMPREVISTO
MUNDO DE ELLA	Casa. Ella se encarga de todos los deberes del hogar mientras su esposo es quien trabaja y, supuestamente, vela porque allí nada falte.	Primera década del siglo XXI, cuando despuntaba el milenio y los órdenes sociales empezaban a cambiar.	El bienestar de sus seres queridos: su hija de 6 años y su hijo de 2. Velar porque ellos estén bien hace que ella se sienta igual.	Empieza a sentir incomodidad por la relación con su esposo. Quiere que las cosas empiecen a cambiar.	Tiene una carrera truncada: enfermería. Ahora quiere terminarla.
IDENTIDAD Posición moral, económica, social, política, cultural.			Por mucho tiempo decidió encarnar la figura de la mujer dedicada al hogar. Ha sido amante del estudio, su pasión es la enfermería y quiere retomarla. La relación tan desigual con su esposo la está oprimiendo: ya no soporta sus malos tratos y su actitud egoísta. Agradece cuando deja de ir a casa por varios días por supuestas cuestiones de trabajo.	No tener voz ni voto en la toma de decisiones del hogar la frustra, igual que dejar de seguir sus sueños.	
SUSTANCIA Relaciones, atributos, contradicciones, enigmas.	Su hogar es su felicidad, aunque ella misma hace la salvedad: está compuesto por ella y sus dos hijos, su esposo viene siendo una añadidura de cuando en cuando.	Sus padres están lejos, en otra ciudad, pero ella se comunica con ellos constantemente gracias a las facilidades que empiezan a ofrecer los celulares.	Ama su hogar y su familia, en sus propios términos: no cualquiera merece entrar en ese círculo.	Definitivamente la relación con su esposo y las frustraciones que ello conlleva le están haciendo replantearse seriamente qué hacer con su vida familiar y personal.	Buscará la manera de poder sus sueños y deshacerse de todo aquello que la oprime.

GENERALIDAD DEL AFUERA	ESPACIO	TIEMPO	LO HABITABLE	LO INHABITABLE	AZAR O LO IMPREVISTO
MUNDO DE ELLA					
ORGANIZACIÓN Objetivo manifiesto, objetivos ocultos.			Su objetivo manifiesto es recuperar sus sueños, realizarse como madre y profesional.		Su objetivo oculto es vencer los obstáculos, como sea que se presenten, y como se haga necesario.
FORMA Sensorialidad, motricidad, oralidad, aspecto.	Mide 1.70 cm de estatura y tiene una complexión media. De rasgos finos y ojos negros de brillo descomunal. Tiene cabello negro, largo y ondulado	De movimientos tranquilos pero asertivos, trata de ser cautelosa con cada paso que da; ha aprendido a utilizar la calma y la paciencia como sus mejores armas. Usa jeans y tenis de marca con camisetas muy coloridas.	Es elocuente al hablar y delicada en el trato con los demás. Tiene carácter en exceso pero lo sabe aplacar cuando lo considera necesario.		
FORMAS BÁSICAS DE LO REAL	El bienestar de sus seres queridos es fundamental y propende por él.	Entiende este tiempo como un momento de cambios y quiere efectuar uno muy grande en su vida.	Hará todo lo posible para volver a estudiar y ser enfermera.		
MIRADA ÓRFICA				Le resulta inhabitable la relación con su esposo y empieza a cambiar su manera de ver la vida a su lado.	Decide tomar cartas en el asunto y recuperar su vida anterior. Hay un error de cálculos que provoca un desenlace indeseado.
SUBTEXTO O MONÓLOGO INTERNO (A-B AUSENTE)	Yo pensé que de nada iba a tener que arrepentirme en esta vida, porque he sido una persona que se toma el tiempo para pensar las cosas, las decisiones que toma. De ser mamá, jamás me arrepentiría, pero de ser esposa sí lo dudo mucho. Al principio él se mostraba muy comprensivo y tranquilo conmigo y con mis cosas, pero llegó la niña y ese hombre se desvaneció. Así lleva 7 años: ya es egoísta, posesivo, intransigente, con él no se puede hablar... unas veces porque ni llega a dormir a la casa y otras porque llega tan alicorado que no hay sujeto, y cuando lo hay, no hay disposición. Yo quiero recuperar mi vida, yo quiero ser enfermera y cometí el error de dejar tirado eso por seguirle a él los pasos. Pero yo tengo mis propios pasos, siempre los he sabido dar y volveré a ser de esa manera. Mis papás no saben nada, no quiero preocuparlos bobamente, ellos viven en otra ciudad. Mi hogar y mi familia son cosas que no pienso poner en cuestión, claramente él ya no hace parte de ninguna de las dos. Algo sí tengo muy claro ya: voy a recuperar a la Carolina que este baboso hizo extraviar... ¡como sea!				

CAPÍTULO 3

TEJIDOS



Ilustración 1: Botero, D. (2020)
Luis Manuel Sánchez Rúa

Esta rutina de neo-jubilado es espeluznante. Da lo mismo levantarse a las cinco de la mañana, a las diez, o ni levantarse. Manada de malagradecidos; sacarme de manera tan ruin del trabajo... ¡vivos tenían que estar! Un pedazo de lata promulgando: *“Al señor Luis Manuel Sánchez Rúa, por sus cincuenta años como Médico Forense, de servicio incansable e impoluta labor, eterna gratitud de parte del Instituto de Medicina Legal”*. Es decir, cincuenta años de mi historia excretados por

la puerta de atrás. Yo me debí haber ido cuando cumplí la edad, no me les debí regalar de esa manera... ¡y ya hoy soy esto!, un rancio espécimen sentado en una silla viendo alboradas y crepúsculos de manera tan impávida que extenua. La esposa apenas me alza a ver, y esos tres muchachos, los supuestos hijos, no arriman a nada por esta habitación, no pude haber escogido peor cárcel que este cuerpo. Pero hasta mejor que nadie me hable, a mí me atasca la voz humana. ¡Acá, junto a mi cama, tengo lo que necesito para no terminar enloqueciéndome de vida! Yo soy el Dupin de mi Calle Morgue, el Poirot en mi Orient Express. De acá, que nadie me toque nada, que nadie me mueva nada, ¡que nadie nada! Menos mal existe este álbum con mis recuerdos, así parezca que sufro de exceso de pasado, prefiero eso a experimentar la vacuidad de este presente tan innoble. ¿Qué fotos viera hoy?... ¿a dónde fuera hoy?... ¿tendré a dónde más ir a estas alturas?... es posible que a dónde ir ya no tenga, pero sí a dónde volver... ya va siendo hora.

Fue todo un acierto haber recolectado todos estos suvenires en cinco décadas. ¡Humanos!... legión de ilusos que se piensan dueños de su tiempo y de su sino. Todos los acá documentados vivieron siempre con la vaga ilusión de hacer algo por sus vidas, pero lo cierto es que

hicieron más por su desaparición. Objetos recibidos, ayudas no pedidas, lugares visitados, decisiones tomadas, o pasos dados. El abanico de posibilidad del yerro es verdaderamente amplio, y es el más seguro de sus destinos. Eso hasta la sabiduría popular lo reconoce con eso de: *“errar es de humanos”*... ¡mediocre adagio a decir verdad! La vida es una inalterable sucesión de ascensos y descensos, con un último declive en el cual, estos... ¡estos celebérrimos clientes!, cayeron en mis minuciosas y peritas manos, y, a veces, ni se necesita cuerpo, basta un objeto para comprender la situación. Algo que no estaba destinado a llegar, y aun así se recibió.

La entrada

Arnobi llegó con su familia a la ciudad cuando tenía 8 años. Vivían en un pueblito vecino, pero la violencia les arrancó la vida que tenían allá. Don Elkin, el tendero del barrio, su padre, fue asesinado un domingo por la noche, cuando dos vecinos, con palas, irrumpieron en su casa. Lo acusaban de ser amigo de enemigos ajenos. El pobre hombre ni sabía de qué le estaba hablando, y se quedó sin saber, porque lo mutilaron a pala



Ilustración 2: Botero, D. (2020)
Arnobi de Jesús Orozco López

limpia en la cocina de la casa, a la hora de la comida. Doña Soledad, la mamá de la familia, cerró la tienda, enterró al esposo, agarró sus cuatro hijos, se montó a un bus y buscó un mejor horizonte.

Estaban terminando los 60 y mucha gente se empezó a desplazar de los pueblos a las ciudades. Creían que estaban dejando atrás el peligro, sin imaginar que unas fauces tan abiertas como las urbanas pueden asestar mordiscos peores. Arnobi terminó bien la primaria para empezar a sufrir el bachillerato. Perdió tres sextos y decidió dejar de insistirle al estudio.

A su frustración académica se sumó la familiar: la mamá sola, con cuatro niños, supliendo las necesidades como podía. Fue así como este fallido estudiante decidió aventurarse a las calles para buscar sustento. Era un infante de apenas quince años, de complexión más bien lastimera, así que no era fácil que alguien le encargara algún tipo de responsabilidad.

Se asoció con Byron, un *todero* que conoció, mayor que él cinco años. Con el tiempo les empezó a resultar qué hacer: unas veces ayudaban a lavar carros en un parqueadero, otras llevaban mercados a casas en una carreta y cosas así. Con lo que Arnobi empezó a ganar llevaba comida a casa: arroz, un par de panela, revuelto, y, cuando le quedaba un poco de dinero, lo guardaba para comprar ropa y verse como los salseros de los afiches que veía por ahí, en tabernas.

Pasó el tiempo en ese *rebusque*. Tenía ya dieciocho, cuando notó que, si no mejoraba la entrada, le iba a quedar muy difícil ayudar en casa: sus hermanitos crecían y la obligación también. Entre Byron y él juntaron trescientos pesos y se compraron una bicicleta para repartir mercado en el barrio, pero casi todo el trabajo lo hacía Arnobi, y luego partían las ganancias:

—Bueno “*Pollo*”, esto es lo de hoy... vamos por mitad como siempre —dijo Byron entregándole a Arnobi un puñado de monedas.

—¿Y por qué estamos todavía por mitades si el que más pedalea soy yo?

—Porque yo soy el que consigue los clientes *pelao*, pero si no le gusta así no hay problema... ¡pero la *cicla* se queda acá!

Así, Arnobi prefirió seguir por su cuenta. Quería un trabajo más serio, pero, al ser menor de edad, no podía aspirar a algo así. En aquel entonces la cédula se sacaba a los veintiún años, le faltaban todavía tres.

Ajustó varios días en la casa sin hacer nada, esperando que la mamá llegara con alguna cosa. Ella no le reclamaba en absoluto, pero él sentía sobre sí una mirada de sermón que le laceraba el orgullo. Se cansó de ver a sus hermanitos acostumbrándose a pasar la vida con el estómago vacío, así que fue a la cocina, cogió el cuchillo, que ya no se usaba para nada, se lo metió entre la pretina del jean, se puso una camiseta, se calzó y salió a la calle a buscar qué comer. Ese día atracó por primera vez, y no

le fue mal: un reloj, una cadena de oro y una billetera con 400 pesos... ¡ahí fue que Arnobi encontró “trabajo”!

Empezó a trazar sus rutas. Trataba de no frecuentar los mismos lugares en mucho tiempo, y así era difícil que lo reconocieran. Con lo que fue consiguiendo compró nevera nueva para la casa y la mantenía llena; llevó cuchillo nuevo porque ya había algo para partir con él; morrales para los hermanitos, joyas para la mamá, y se empezó a vestir como tanto quería. Conocía demasiado las calles, sabía las horas de menor flujo de gente, y tenía identificados los sitios más solos y oscuros para buscar su clientela. Anillos, aretas, bolsos, carteras, de todo eso empezó a conseguir para luego vender, y así fue que su familia dejó las necesidades en el pasado, y, para alegría suya, él empezó a lucir como Héctor Lavoe, el ídolo del momento, que estaba sonando en todas partes con su éxito recién lanzado: “El cantante”.

Dentro de todo este accionar que desarrollaba tenía claro un principio, que en sus palabras sería “no ir a *puntiar* alguno”, o sea, no herir a nadie en medio de un atraco. Pero, resulta que ya estaban empezando a identificarlo, y, aunque nadie se lo decía de frente, él ya sentía que llegaba a lugares en donde era reconocido, evitado, y hasta temido. Empezó a sentir mucho recelo de que, en algún momento, le llegaran a su mamá con la noticia de sus andanzas. Soledad estaba convencida de que su hijo trabajaba administrando un lavadero de carros sumamente rentable, y de ahí la mejoría económica del hogar.

Arnobi supo que tenía que pensar qué hacer con esta situación, estaba casi seguro de que en el próximo atraco lo llamaban por su nombre, y no quería someterse a eso. Dejó pasar varios días para que las calles enfriaran su recuerdo. Tenía manera de vivir tranquilo por un tiempo. Había despojado bastantes personas de sus pertenencias, y había ganancia guardada. Una tarde de lunes estaba parado en la puerta de la casa y llegó Byron en una moto recién comprada:

—¡*Quiubo “Pollo”!*, ¿qué se dice? —preguntó el recién llegado.

—¿*Toes* qué Byron? *Embalao* hermano, yo me estaba consiguiendo lo mío por ahí, pero estas calles se están calentando mucho —respondió Arnobi mirando la moto.

—Eso es verdad, yo por eso en la calle no trabajo, ¡y vea en lo que me monté ya!

—¿Y qué hay que hacer pues?

—*Pelao*, ¿sabe qué?, esto se llenó de gente que pasea, o sea de casas solas... por ahí le tengo una para que ensaye. Piense y me dice... se *dentra* y se empieza a cuadrar con eso... ¡pero sin *dejase* coger pues!... y hablamos que voy de afán.

—¡Pere, pere!, ¿cómo es eso?, yo le hago... ya se me van a acabar los ahorros y no me puedo quedar así.

—¡Eso *Pollo*, ahí lo veo bien mijo, verraquito! —Byron saca un papelito del bolsillo de la chaqueta. En él hay una dirección apuntada, —esto es en Los Sauces, ¡puro barrio de ricos!... Un par de jubilados que se van todos los fines de semana para la finca y dejan la casa sola. Péguese la pasadita por allá, vaya *tantiando el terreno*...

—Uy, ¡gracias Byron! —exclamó Arnobi que leía el papel con esperanza, —yo voy a dar una vuelta por allá a ver cómo hay que hacer.

—Hágale *pelao* —respondió el de la moto mientras la aceleraba, —¡déjese ayudar y verá que pelecha! —y se perdió entre humo de motor al doblar la esquina.

Ese lunes Arnobi no durmió. La única opción que tenía era dar semejante paso de ascenso delincuencial. Martes y miércoles fue a rondar la casa en cuestión, y vio que por una ventana de la cocina, de la parte de atrás, era fácil la entrada. Decidió que ese fin de semana se metía. El jueves consiguió un costal. El viernes no probó bocado, no le pasaba comida pensando en lo que iba a hacer. Llegó el sábado en la noche y salió: costal en mano, cuchillo a la pretina y corazón en la garganta.

Al llegar vio una luz prendida, la de la sala, pero él no se preocupó porque mucha gente acostumbra hacer eso al salir, para ahuyentar los ladrones. El frente de la casa tenía un frondoso jardín dividido por un corredor que llevaba a la puerta principal. Sin embargo él ya tenía pensado entrar por la parte de atrás, y se dirigió hacia allá. La ventana que había visto el miércoles no tenía vidrio ni reja, así que fue muy fácil ingresar. Adentro todo estaba en completa oscuridad. Avanzaba, tratando de encontrar con las manos el interruptor de la luz. Quería ser hábil y rápido para llenar su costal, y huir de allí lo más pronto posible.

Los nervios no lo dejaban ser muy acertado en sus movimientos, y, a ciegas, llegó hasta el único sitio de la casa donde podía ver algo: la sala. Vio varios muebles de madera grabada con forros color vino tinto; había una biblioteca que ocupaba toda una pared y varias cajoneras que, según Arnobi, debían albergar algo valioso. Empezó a abrir y cerrar cajones de manera vertiginosa, y pensó hasta en robar libros, aunque no sabía quién pudiera querer algo como eso. Los nervios se le empezaron a convertir en ansiedad porque no encontraba nada, pero todo frenó en seco cuando oyó una voz pronunciar su nombre:

—¡Arnobi de Jesús Orozco López!, ¿pero qué es esta sorpresa tan... qué estás haciendo acá? —preguntó una voz femenina.

—¿Quién habla? —preguntó el ladrón, sumido en pavor y sorpresa, mirando a todas partes.

Lentamente, de entre las tinieblas de la casa apareció una mujer sonriente, de unos 65 años, con el cabello corto y blanco, en bata de dormir larga y chanclas; llevaba consigo una taza de algo muy caliente a juzgar por el humo, y, a paso sereno, cruzó la sala ante la mirada silente de Arnobi que seguía sin salir del pasmo. Tomó asiento en una de aquellos bellos muebles tallados, sopló un poco su taza, y se disponía a hablar de nuevo cuando fue interrumpida por el joven intruso:

—¡Profe Leonor, buenas noches! —musitó él bajando la mirada al piso.

—¿Cómo estás mi niño? —Preguntó ella en tono cariñoso.

Silencio. Arnobi no tenía palabras para enfrentar esta situación.

—¿Qué pasó con tu estudio muchacho? —volvió a preguntar ella.

—Y-y-yo no volví por allá profe... —respondió él, aún con la mirada al piso.

—¿Y qué estás haciendo acá?

—V-v-vine porque un amigo me dijo que esta casa estaba sola y...

—Y viniste a robar, ¿cierto? Te falló el cálculo Arnobi, igual que en mis clases en la escuela. Yo ya no salgo de acá. Antes sí, en vida de mi esposo, visitábamos la finca cada ocho días, pero él sucumbió a una penosa enfermedad hace dos meses y desde entonces no voy por esos lados.

La situación no podía ser peor para el imberbe intruso. De todas las casas en que pudo haber entrado a robar, resultó metido en la de su profesora de matemáticas de primaria, la misma que lo recibió cuando llegó del pueblo. Quería salir corriendo de allá por la vergüenza, los segundos eran perpetuos ahí adentro y la mirada benévola de la profe Leonor sobre él le estaba sacando úlceras de culpa en la piel. Se armó de valor y profirió unas cuantas palabras:

—Vea profe, qué pena con usted, estoy desesperado buscando qué hacer y me resultó este trab... —Arnobi paró antes de completar la frase.

—¿Trabajo, ibas a decir que te resultó este trabajo? —intervino la profesora, aun en tono compasivo y afectuoso, mientras se ponía de pie. Se acercó a él y le quitó el costal, —¡venías decidido a llevarte un buen saqueo!

—Profe, ¿sabe qué?, discúlpeme por favor... déjeme ir, yo le prometo que no me vuelve a ver por acá, ¡no llame a la Policía, por favor! —suplicó el ladrón con asomo de llanto en sus ojos.

—No Arnobi, tranquilo. Yo no voy a denunciarte, pero te voy a ayudar. Hay varias cosas de Gilberto, mi marido, alma de Dios, que mis hijos no se llevaron. Unas ropas que te pueden servir, un calzado, hay un reloj y hasta unas alhajas. Yo quiero salir de tanta reminiscencia, y de pronto a ti te sirve más todo eso ahora.

—Uy profe, ¿cómo se le ocurre?, ¡le vine a robar y me resulta dando la herencia!

—Nada de eso mi niño, desde siempre he confiado en tu humanidad, ¡tal vez tenías que entrar acá para volvernos a encontrar!, estando jubilada, parece que mi labor contigo no ha terminado. Ya vuelvo.

La profesora se retiró y volvió con dos bolsas grandes llenas de cosas. Se las dio al joven, que todavía no daba crédito del giro que había tomado su debut como ladrón de casas. Luego le entregó un reloj:

—Cúidalo mucho. Veo que te gustan este tipo de cosas, ¡mira el atuendo que tienes! Este reloj era el máspreciado que tenía Gilberto, te lo regalo Arnobi.

—Uy profe, qué belleza de *reló*, este sí no lo voy a vend...

—Tranquilo mi muchacho, yo sé que tú sabrás qué destino poner a estas cosas.

—¡Gracias profe, me lo voy a poner de una vez!... ¡jum, me imagino llegando al barrio con semejante *bamba* en la mano, no me la van a creer!

Arnobi se despidió de su profe Leonor. Había sido una noche impensada y de turbulencia emocional: de nervios, ansiedad, susto, vergüenza, sorpresa y hasta gratitud. Salió de aquella casa con su botín a dos bolsas. Caminaba con suma tranquilidad por esas calles “de ricos”, e iba pensando qué hacer con varias de las cosas que llevaba al hombro, —¡hay que darle un *detallito* a Byron por el empujón! —dijo para sí mientras miraba y miraba la hora en su reloj nuevo.

Anduve así como cinco cuabras cuando escuchó que alguien se acercó por detrás y le habló:

—*Quiubo* riquito, ¿está perdido o qué?... ¿a estas horas y saliendo de su barrio? —preguntó un desconocido que ya caminaba al lado de Arnobi.

—¿Riquito?, ojalá, —contestó el joven acelerando el paso.

—¿No, y entonces ese *reló* qué, se lo encontró?

—¡Vea hermano yo no quiero problemas ahora, estaba trabajando y voy para mi casa!

—¡Entonces pásame el *reló* y te ahorrarás el problema!, —exclamó el desconocido, con tono amenazante, agarrando a Arnobi de la mano.



Ilustración 3: Botero, D. (2020)
“Nadie sabe el día ni la hora”.

Empezó un interesante forcejeo, y, entre puños, patadas, estrujones y halones, ambos cayeron al suelo. El atacante logró hacerse con el reloj, se incorporó rápidamente y emprendió la huida con todo y bolsas. Arnobi trató de hacer lo mismo, pero, cuando se puso de pie, sintió un intenso dolor en su pierna derecha: el cuchillo que tenía guardado en la pretina del pantalón se había hundido en la carne de su muslo y le había cercenado la arteria femoral. Cinco minutos bastaron para que su vida se diluyera en un charco de sangre.

El amanecer exhibió la dantesca escena ante los ojos de un público poco acostumbrado a ese tipo de cosas, pero también ante varios curiosos que iban pasando y supieron de quién se trataba. La noticia llegó rápidamente a la casa del difunto:

—¡Doña Sole, le mataron a Arnobi... parece que lo cogieron robando cerquita a Los Sauces!

II

Eso sucede cuando se pretende huir de los designios. Este muchacho Arnobi estuvo todo el tiempo buscando la forma de acallar las voces que le querían confinar al estancamiento social. Una actitud loable la verdad, pero el resultado fue más que lamentable: lo terminaron llamando por su nombre, lo reconocieron, y para el momento en que su madre supo la verdad, le faltó vida para poderse defender.

El dilema no sólo radica en retar al destino con la ofuscación de poderlo cambiar. En ocasiones este sonrío, pero el ser humano, odioso animal insatisfecho de siempre, busca la manera de sacar mejor provecho de su condición. Con razón o sin ella, sin necesidad, se traza rutas alternas para conseguir su cometido. Esos actos menos ortodoxos también están documentados en mis memorias... ¡final, y felizmente, todo termina de la misma manera!

A-finada

—*Pa*, ¡que yo no voy a ir por allá, tengo un concierto!...

—Manu, ¡por favor!, ¿hasta cuándo vas a estar con ese *sirirí* de no venir a tu casa?

—¿Mi casa?, ¿De la que me sacaron a punta de reclamos por no estudiar la misma ingeniería que ustedes *pa*?

- Nadie te sacó... a vos te envenenaron y no fuimos nosotros. Esa gente con la que andás no es de fiar Manuela, ¡un montón de mechudos que ni se bañarán!
- Vea *pa...* yo no llamé a pelear otra vez por lo mismo, pero sí quería avisarles que yo no voy a ir a su cumpleaños, ese día tocamos en un festival.
- ¡Su mamá se va a poner muy triste cuando sepa!
- Ay pa, usted sabe que eso no es así, ¡ella debe estar haciendo fuerza, que yo no me les aparezca por allá!
- ¡Manuelita, no sabemos dónde vivís, ni con quién, ni de qué, ni nada!
- Tranquilos que estoy bien... y ya se me va a acabar la moneda, después hablamos pa, chao.

Manoli colgó el teléfono con desespero y rabia. Llamar a la casa siempre se reducía a lo mismo: reproches por su forma de vivir. ¿Y cómo vivía? Según ella, como rockstar, y, según su familia, como vaga. Hace un tiempo había fundado una banda de glam metal con otras tres amigas, y de nombre se pusieron GirlXXX. Con una marcada influencia del sonido de Joan Jett y Vixen se empezaron a abrir paso en los círculos del género de la ciudad. Ella como guitarrista principal y vocalista, Suzie guitarra rítmica, Lola bajista y en la batería estaba Shandi. Desde que se juntaron decidieron irse a vivir todas en un garaje que adecuaron para sala de ensayo también. Esto permitía que pasaran días enteros montando canciones y de fiesta en fiesta, de manera que no sabían cuándo llegaban, ni la noche, ni la madrugada.

Don Alberto y doña Alba, los padres de Manoli vivían sumamente decepcionados por lo que ella había decidido hacer con su vida. El señor era todo un “hombre de bien”, acostumbrado a que mucha gente lo tratara de “doctor”, y siempre velando por una



Ilustración 4: Botero, D. (2020)
Manoli Ortiz Castro.

excelente imagen delante de los demás, tanto en su entorno laboral, como en el familiar y el social. Por ello, a pesar de semejantes diferencias, trataba de mantener contacto con su hija; en cambio, el carácter de la señora no daba para eso. Era una mujer escrupulosa y de pocas palabras que, además de compartir los ideales de vida con su marido, tenía un ferviente nimbo religioso que le llevaba a concebir las andanzas de su hija como una faena satánica, y a sus compañeras de banda como una horda de lemurias que le habían desgajado su pueril retoño. Prefería no determinarla hasta que no enderezara el camino. Así las cosas, Manuelita, luz del alba en esa casa, les resultó anocheciendo y se fue a probar mundo.

Estaba empeñada en consolidar su banda y vivir de ello, algo bastante complicado dadas las circunstancias. Tocaban ocasionalmente en bares, pero más ocasionalmente les pagaban. Se había esmerado en trabajar su apariencia basándose en íconos del género como el vocalista de W.A.S.P, y en otros más pop como Cindy Lauper. Sobresalía en el escenario por partida doble: era bella y muy talentosa. Sus solos de guitarra hacían delirar a la audiencia, y, desde que no estuvieran muy alicoradas, los comentarios acerca de GirlXXX siempre eran positivos. Tenían un repertorio que mezclaba versiones de varios éxitos con algunos temas propios. Estos últimos eran en coautoría con Alex, el novio de Manoli, que les ayudaba con las letras, y, a veces, con los coros.

Luego de una tarde de ensayo, Manoli estaba sentada en su escritorio, componiendo una canción, cuando Alex llegó, se sentó también, y, entregándole una cerveza, comentó:

—*Mano*, por ahí me están preguntando si sí van a estar en el festival de bandas dentro de quince días.

—Pues esa es la idea, pero... ¿van a estar los que sabemos? —preguntó ella con cierta contrariedad y tomó un sorbo largo.

—Sí, ellos van.

Manoli soltó lápiz y cerveza, se puso de pie y agarró su chaqueta de cuero:

—Voy a dar una vuelta, y, si algo, ahorita confirmamos... vos sabés qué pienso de ese *toque*.

—Pues sí, yo sé qué pensás... ¡pero es peor si no van!

—Por eso, de hoy no pasa... las muchachas quieren, el *rayón* es mío. Dejá yo me relajo, ya vengo.

Salió a comprar cigarrillos y una botella de vino. Después se fue a caminar para ir pensando qué hacer con ese evento. Había estado aplazando la decisión por dos semanas y sentía miedo de participar. Estaba disgustada porque, justo ahora que todo estaba germinando con la banda, resultaba este escollo que la tenía tan intranquila. En su ausencia el resto de la banda la esperaba impaciente en la casa para empezar a planear todo:

—Muchachas, en serio tenemos que hablar con *Mano* —dijo Lola, —a este paso vamos a perder esa invitación y ahí está todo para que nos mostremos como es.

—Ella esta *azarada*, pero yo no creo que se quite... ¡nosotras llevamos rato buscando algo así! —añadió Shandi con cierta vacilación.

—*Su*, ¿qué te dice a vos cuando ensayan las guitarras? —preguntó Lola.

—Ella sabe que somos buenas, pero la agarró esa pensadera y ya se *pela* con notas y todo. Yo estoy tranquila la verdad —respondió Suzie a la vez que afinaba su acústica.

El asunto era el siguiente: hacía poco se había formado una nueva banda llamada Leviatán, que incluso tenía un sonido más pesado que el de GirlXXX. Y hasta ahí todo muy bien. Pero resulta que esta agrupación tenía una guitarrista, que se hacía llamar Eris, con una habilidad prodigiosa para atacar cuerdas. Apenas habían dado un par de conciertos y ya se hablaba mucho del poder que transmitía la talentosa mujer en vivo. Esto inquietó a Manoli que tenía como ideal, aparte de triunfar en la música, ser la mejor guitarrista de la ciudad. Los comentarios acerca de su “rival” la tenían insegura y predispuesta, y era ya sabido que esa banda también haría parte del festival en cuestión. He ahí la razón por la cual aún no se había decidido a participar, pero, luego de unos cuantos vinos deliberando consigo misma, volvió a casa con algo en mente:

–Bueno banda, con toda para el festival, ¡vamos a lucirnos pues! –anunció la líder a las demás con firmeza.

–¡Eh, casi que no te decidís! –celebró Shandi.

–Listo, ¿y con cuáles temas? –interrumpió Lola.

–Yo he estado pensando en montar algo de Def Leppard y cosas así... y voy a hablar con Alex para que nos ayude con la voz en “If I close my eyes forever” la canción nueva de Lita Ford con Ozzy –respondió muy emocionada Manoli.

–Excelente *Mano* –añadió Suzie, –ya mismo me pongo a estudiar esos punteos.

Ahora GirlXXX tenía en la mira un nuevo repertorio. Esa era una parte de lo que Manoli había pensado. Lo otro no lo iba a compartir con las demás. Fue a casa de su novio esa noche, le comentó lo de las canciones nuevas y él accedió a ser parte de lo planeado. Sin embargo, había algo más en lo que este le podría ser útil a la urdidora guitarrista. Ella sabía que dentro del círculo social de Alex había un par de aficionados a lo oculto que, a veces, podían tomarse ciertas licencias más allá de lo terrenal: –¡decíle a ellos que me ayuden como sea, ellos pueden! –pedía ella insistentemente. Él se negaba. Le precisaba que con ese tipo de cosas nunca se había metido, que eso no era así de sencillo, y que esas fuerzas era mejor dejarlas quietas. Pero ella no entendía razones en ese momento, estaba enceguecida con esa obstinación de perfeccionar su habilidad como fuera necesario, y al ver que sus ruegos no rendían ningún tipo de fruto se estalló de ira: –¿sí ves cómo sos?, ¡eso es lo que me querés ayudar, valiente pendejada! –y sin despedirse salió de allí tirando la puerta.

La banda aumentó la cantidad de horas que invertía en ensayos para darle forma al nuevo set de canciones. Estaban sonando mejor que nunca, y, a propósito de la discusión de aquella noche, Alex no se había asomado por allá para nada, así que cancelaron la canción en la que él iba a participar. Las chicas estaban duchas con sus instrumentos. Pensaría uno que Manoli se sentía contenta con esto, pero ella consideraba que todavía le estaba faltando ese “algo” que pidió al que, a esas alturas, seguro ya era su exnovio. Tan comprometidas estaban con la causa que habían hecho un “voto de no alcohol” durante ese tiempo para concentrarse en lo musical. Y así pasaron las dos semanas para el esperado concierto.

Al llegar el lugar del evento vieron que estaba atestado. Esa noche compartirían cartel con Leviatán y con Steel City, todo un referente glamero de la época. Manoli empezó a buscar a Alex entre la gente pero no lograba encontrarlo. Leviatán abrió el concierto, las músicas estaban entre el público y pudieron comprobar de primera mano que Eris era realmente buena con su instrumento y escuchaban cómo la gente la aclamaba en cada intervención que hacía. Estaban tranquilas, disfrutando del ambiente, pero la nerviosa líder de GirlXXX empezó a sentir, de nuevo, la angustia de no ser la mejor, de que algo le seguía faltando. La banda en tarima iba por mitad de presentación cuando una mano asomó por detrás de su cabeza sosteniendo una pequeña bolsa de tela negra.

Manoli se dio vuelta y se encontró cara a cara con Alex que la miraba con sonrisa de complicidad contenida. Ella sólo atinó a abrazarlo y expresarle que estaba muy contenta de verlo, pero a la vez muy tensa por lo que pudiera suceder cuando salieran a escenario:

—*Mano*, no te preocupés que acá traigo lo que querías —le dijo él emocionado mientras le entregaba la bolsita.

—¿En serio? —preguntó ella con grata sorpresa, —¿y esto qué es?

—Es un encordado nuevo para tu guitarra, ¡pero no de cuerdas cualesquiera!... uno de los muchachos les hizo un rezo durante varias noches. Me dijo que hay que cambiárselas todas cinco minutos antes de tocar, que se afinan solas, no las vayás a mover vos... ¡es que prácticamente tocan solas también! —agregó Alex entre risas.

Manoli salió corriendo a buscar su instrumento para ponerle las cuerdas nuevas, pero antes de eso, decidió celebrar que ya tenía la ayuda que necesitaba y pidió una botella de whisky que se empezó a tomar a *picobotella*. La efervescencia de su alegría le llevó a tragarse todo el licor en dos sorbos, y, en cuestión de minutos, había naufragado en alcohol, estaba completamente ebria. Dando tumbos encontró la guitarra, justo para el momento en que tenían que salir a escena. Sus compañeras notaron el mal estado en que se encontraba, le reclamaron airadamente, pero ella solo tenía atención para el dichoso cambio de cuerdas, era como un trance. Alex tuvo que ayudarle, era errática en sus movimientos:

—mujer, la *embarraste* ¿qué es esto? —le reprochó él, pero ella lo único que hacía era contemplar su guitarra eléctrica, —menos mal que las cuerdas tocan solas, ¡vos no estás para este mundo hoy!

—Déjenme que yo sé lo que... lo que hago, esa tal Eris no fue gran... cosa... ¡vamos a salir a reventarnos! —les dijo Manoli con dificultad, y, como pudo, subió al escenario.



Ilustración 5: Botero, D. (2020)
“Nunca mucho costó poco”.

Las demás, visiblemente molestas, tomaron lugares en tarima, para esperar a que la delirante vocalista saludara y diera apertura al show. Estaba de pie frente a todos, pletórica, azorada, mirando y contemplando su encordado nuevo. Intentó algunos acordes para probar sonido y sentía que no sonaba, pero todos la escuchaban perfectamente. Probó de nuevo, y ahora le parecía que las cuerdas estaban desafinadas. Ignoró de un tajo lo dicho por su novio y empezó a afinarlas en medio de su ética falta de

cordura. Alex estaba en primera fila y le gritaba que no lo hiciera, que recordara la advertencia que le había hecho. Ella no se detenía. Suzie se acercó para tratar de ayudarlo, pero Manoli reaccionó violentamente, estaba fuera de sí, entonces las demás GirlXXX decidieron bajar del escenario al ver el bochornoso espectáculo en que se había tornado su apetecido concierto.

Empezaron las rechiflas, lanzaron un par de objetos desde la concurrencia, la gente se empezó a impacientar y Alex quiso subirse a la tarima para bajar de allí a su enajenada novia cuando sucedió lo

impensado. Ella se había descolgado la guitarra, y, sin dejar de mirar las cuerdas, siguió templándolas de manera tal que una se reventó y le hirió un ojo. Esto provocó que Manoli perdiera el poco equilibrio que conservaba, dio unos cuantos pasos inestables hacia atrás y cayó. La mala suerte llevó a que su sien izquierda golpeará el borde de una cabina de sonido y así cumplió con lo dicho minutos antes: “salió a reventarse”. Todo esfuerzo por reanimarla fue inútil, su cráneo no soportó el impacto y la muerte fue inmediata. Unas cuantas gotas de sangre asomaron con timidez por el oído de la marchita guitarrista. Así cerró su peor presentación, y, de paso, aseguró un regalo de cumpleaños, en extremo sorpresivo, para don Alberto.

III

Vaya aterradora contrariedad del ser humano esto de la insatisfacción. Aquello que la sabiduría popular también define con un adagio, pero menos mediocre: “*la ambición rompe el saco*”, ¡y hasta el cráneo, como en este caso! Ya perdí la cuenta de cuántas jóvenes como esta pasaron por las frías mesas de aluminio de mi, aún más fría, oficina. Miserables presas de la impertinencia propia de la raza humana, y no es un asunto de edades, y mucho menos de entornos sociales. Lo mismo sucede en ciudad o en pueblo, al efebo y al maduro. Esos recursos poco rectos pueden ser una simple impostura con deletéreo efecto placebo, como pasó con Manoli, pero también pueden funcionar.

La mata

Elías era un embelesado del juego y un apostador sin enmienda. En toda parte veía posibilidad de tentar el azar y tenía estrella para esas lides, se metía confiado a lo que fuera, porque todo le salía a pedir de boca. Andariego como era desde siempre, conocía muchas plazas, garitas y cantinas. Había vapuleado a los más arteros, los dejaba sin cinco en el bolsillo, y así mantenía su modo de vida holgado. Por eso se movía tanto, vivía de pueblo

en pueblo, de trago en trago, de envite en envite y de mujer en mujer. Nunca quiso casarse porque, en sus palabras, “los dados nunca cayeron *pa’* ese *lao*”, su amor era la noche y su amante la buena suerte, porque tenía una francamente envidiable. Ya cargaba con gran fama de *ayudao*, y muchos se negaban a jugar con él por lo mismo, pero nada más lejos de la realidad. Ni trampas, ni ayudas raras. Lo de él era eso, pura y santa suerte de jugador. Además, para ser un hombre entregado a la búsqueda de ventura, trataba de mantener intactos sus principios de honradez y honorabilidad. Seguía como sacra ley las palabras de su padre: “en la mesa y en el juego, se conoce al caballero”. Esto era complejo en un mundo como el que habitaba, en el que la ventaja y la artimaña eran casi que de obligatorio uso. Además en esa época, principios de los 90, ese entorno de las apuestas se había vuelto más peligroso de lo normal.

Cargaba con dos amigos de juerga que, con el tiempo, se convirtieron en sus *gotereros* de cabecera. Un par de borrachos de mirífico aguante, siempre y cuando las arcas del apostador asistieran la compra. Uno era Pacho, que vendría siendo algo así como la conciencia negra del tahúr, el de los consejos arriesgados, el escándalo y los apuros; el otro era Lágrimas, con un carácter que hacía honor a cada letra de su apodo: era temeroso y mesurado, melancólico... el perfil bajo del trío. Elías tenía muy claro los lugares que nunca iba a frecuentar, así entre caminos le pudieran aparecer:

—¡Ombe Elías, debiéramos de subir a la garita de Las Hechizas, dicen que allá está *rumbando* la plata a *dos cargaderas* y es allí arribita! —dijo Pacho a modo de punzante sugerencia.

—*Ni de fundas* Juan Francisco, *yu’allá no dentro* ni a palo. Vos sabés quiénes se mantienen por esos *laos*, todos esos bandidos que trabajan en esas motos grandes, esos *qui* andan de mucha *chaqueta’e* cuero y gafas oscuras.

—respondió severamente el jugador.

—O sea los de la plata ahora *mijo*... ¡que no le *jalte* visión, *pa’* eso me tiene a mí, *pa’ cogelas volando*!

—Que no *ome*, esas jugadas con esa gente terminan *sabiendo a leche de perra*, ¡esa plata es turbia, de negocios mal hechos!

—¿Entonces vas a seguir jugando en esos *tragadales* de medio centavo?

—Sí señor, prefiero mis *anetoles* bien honrados a un *güisqui* o *uisquei*, como dicen los *dotores*, con la conciencia empantanada.

—¡Verda' del cielo Eliítas! —exclamó Lágrimas, —además eso en cualquier momento llegan de *poleciales*, y, *no lo quiera la Chinca*, se arma una batahola con todo esos *pistolocos*... ¡apuren más mejor!

—Aaaah, ya brincó *marialamentos* a hablar *tomancias* —renegó Pacho, y siguieron su camino en silencio.

Los amigos se dirigían a la casa de una sobandera. Juana se llamaba, mujer de amplio renombre en la región. Iban para que ayudara a



Lágrimas a calmar un potísimo dolor de espalda que ya le tenía al borde del desvarío. Llevaban varios días yendo, pero, cuando llegaban, Pacho se quedaba afuera, y los otros dos entraban: —esa vieja es bruja, *yu* allá no me meto, —decía él. La terapia del adolorido consistía en beberse una infusión de matricaria, acostarse bocabajo, recibir unos paños de *espantadiablos* con menta y reposar quince minutos en esa posición. Y, mientras esto pasaba, Elías y la sabia dama conversaban de variado asunto:

Ilustración 6: Botero, D. (2020)
Elías Vásquez Torres.

—Elías... ¡yo que te tengo algo guardado hace mucho tiempo! —anunció la mujer de manera solemne.

—¿Qué sería ña Juana? —respondió el apostador.

—Yo veo que, de ustedes tres, vos sos el único que carga carriél...

—¡Claro ña Juana, el de papá, con el que recorrió monte parejo!

—Y, vos que sos tan jugador, ¿qué es lo que jugás?

—Le juego cartas y le juego cacho, ¡y me va muy bien!

Juana no dejaba de mirar el carriel de Elías y le preguntó si tenía algún amuleto. Él le dijo que no, que esas cosas no servían, y, que en cambio, traían muchos problemas. “Usted no puede estarse metiendo a garitas sin ayudarse de alguna cosa mijo” dijo ella, y empezó a buscar entre sus cosas algo. Al rato sacó un garabato de hueso que terminaba en punta:

—Hay harto mal por ahí regado Elías, venga yo lo protejo —le entregó el garabato, —esa es la uña de la gran bestia, te va a servir para ganar en el juego, y está consagrada a mis plantas, así que, cuando querás, te podés convertir en parte de la vegetación.

—¿*Vusté m'está diciendo qu'esto* me pone a ganar a ojo *cerrao*, y *qui* aparte me convierte en mata si yo quiero?

—Tal cual... mirá cómo le sirven mis ayudas a tu amigo... a vos también te pueden servir.

—¿Y por qué me quiere ayudar a yo?

—Hay que compartir los dones Elías... ¡los dones! Eso sí, no le digás nada a tus amigos.

—Y... si yo me quiero volver una mata... ¿qué hago?

—Muy sencillo... agarrá la *uña* con la mano izquierda y recitás este verso en voz alta: “yo que sé lo que está oculto, lo que me ha sido vedado, invoco hoy estos poderes, porque soy un ayudado”. De inmediato te vas a convertir en una mata igual a la que tengás al lado.

—¿*Y pa' desvolverme?*

—Todavía más sencillo... ¡decís lo mismo!

Elías se guardó el amuleto en el carriel. La sesión de Lágrimas terminó, ambos salieron del lugar y se encontraron afuera con Pacho. El tahúr siguió la recomendación de Juana y no mencionó palabra alguna sobre lo sucedido adentro de esa casa. Sin embargo, quedó muy pensativo; por su mente pasaba la idea de que, posiblemente, hubiera otras maneras de acceder a la victoria, y, mejor aún, aumentar la cantidad de dinero ganado. Lágrimas ya no sentía dolor:

—¡Esa vieja sí es que es muy *fregada pa'* todos estos *desangarilles*, vea cómo me dejó de bien!, celebraba.

—Esa *berraca* lo está *rezando ome abutagao* —reprochó Pacho.

—Entonces si es tan mala ¿por qué nos *llevates dond'ella* la primera vez?

—Por bruto Lágrimas... y si no vean *a'quel* —Pacho señaló a Elías, —salió todo *cirolo di* allá, no pronuncia palabra.

Y era cierto. Elías iba con la cabeza en otro lado. El último consejo de Pacho le estaba haciendo ecos feroces... “¡la garita de Las Hechizas!”... “¡allá rumba la plata!”... “¡allí arribita!”... “¡no más *tragadales* de medio centavo!”... Empezó a contemplar la posibilidad de cambiar su *modus operandi* con el fin de acrecentar ingresos. Sus principios le empezaron a pesar poco, lo mismo el consejo de su padre: —pues, yo nada pierdo con intentar, y, si no me ayuda esta cosa rara, me ayuda la suerte mía! Esa noche decidió visitar la garita que consideraba maldita, pero fue solo. Se cercioró de que sus amigos no se dieran cuenta, y emprendió camino para Las Hechizas. Llevaba consigo su carriel, y, dentro de él, todos los ahorros que tenía. Todos los bolsillos estaban llenos, y, en una *secreta* tenía la *uña de la gran bestia*. Llegó. Varias “motos de las grandes”, como él les decía, estaban parqueadas afuera del sitio. Iba tranquilo porque sentía que tenía doble respaldo. Miró con atención las mesas de juego; había *rifa*, póker, rey en esquina y cacho. Se acercó a este último. Divisó dos jugadores tirando sus dados en recio envite. Eran taimados, en sus ojos se veía la maña de miles de mesas jugadas. Sobre la mesa había dos pistolas, índice de que ese juego era de alta posta, y de alto riesgo también. La gente alrededor aupaba a los jugadores que ya estaban cerrando la partida. El tahúr permaneció sosegado entre la bullosa multitud, solo observando la dinámica del juego.

Cuando por fin hubo ganador, los dos que estaban sentados invitaron a alguno de los espectadores a entrar en tercio al juego. Elías vio allí su ocasión: —¿cuánto es el *plante* ahí?, —preguntó. —Quinientos mil pesos *pa' sentase llave*, —respondieron en la mesa. El recién llegado hizo cuentas de lo que tenía en el carriel. Era su oportunidad de entrar a las grandes ligas, así que decidió ir con casi todo lo que llevaba en esos doce bolsillos: —¡voy con un millón! El anuncio causó gran agitación entre los curiosos. Los rivales igualaron encantados la suma de dinero para empezar. Cada uno agarró su cubo con dados y determinaron que jugarían a cinco turnos. Elías estaba confiado en que su doble suerte le iba a ayudar.

En el primer tiro sacó los cinco dados “desligados” y en la mesa le destaparon un “doble par”; para el segundo tiro obtuvo un “par”, pero en la mesa salió un “full house”; el tercer tiro le dio otro “par”, pero en la mesa había caído una “tercia”, y, así las cosas, Elías iba a ser el gran infortunado de la noche. Se sintió desorientado. Pasar de no perder nunca, a dilapidarlo todo en una noche, le estaba socavando el ser. ¡De pronto lo salva una “quintilla” de ases!, gritó alguien entre el gentío. El angustiado tahúr tomó su cubo, lo agitó y dejó caer los dados, soltando con ellos su última esperanza. Una vez más sacó cinco desligados. Ahora, sin importar quién ganara, ya era seguro que él había defenestrado sus ahorros en una partida de “cacho” de menos de tres minutos. La piel se le hacía agua, miraba a sus contrincantes de rostros adustos, y las armas de fuego seguían reposando en la mesa como temible garantía de que, allí, todo se pagaba, porque se cobraba como fuera:

—*Fiera*, le toca tirar —le advirtió uno de los rivales.

—Ya va... —respondió Elías abriendo el carriel. Empezó a hurgar entre los billetes, ante los ojos de los presentes.

—¿*Quiubo* pues? —preguntó uno con tono de molestia —¡acá es perdiendo y pagando, *lo que se alarga mucho se vuelve culebra!*

—Yo no he perdido ñor —decretó el tahúr, con extraña seguridad, mirando a sus antagonistas.

Ya había encontrado lo que estaba buscando: *la uña*. La apretó fuerte. No estaba dispuesto a dejar ahí sus ahorros. Ahora se arrepentía de haber ido allá, y, más aún, de no haber subido acompañado de sus amigos. Sabía que tenía una única salida, arriesgada como pocas cosas en su vida, pero no había otra opción: huir de Las Hechizas. Había un silencio sepulcral, como si el lugar mismo supiera lo que estaba por venir. Elías alzó la mesa y todo cayó al suelo: cubos, dados, tragos y armas, dio media vuelta y, a empujones, empezó a abrirse paso por entre la gente hasta salir de la garita. Los dos bribones, coléricos, gritaban dando la orden de no dejarlo escapar. —¡van y traen a ese *jijueputa*, que acá nadie nos viene a robar!, —dijo uno; —¡traigan la *tula!*, ¿a él *pa'* qué?, ¡tres *pepazos* y por un *volao!* —sentenció el otro.

Como diría Lágrimas, una docena de *pistolocos* salió en medio de la noche, dedo en gatillo, buscando al furtivo perdedor. Elías, por su parte, había dejado de correr luego de una larga y presurosa desbandada. Trataba de tomar aire, aún apretando la *uña* en su mano izquierda. A lo lejos escuchaba a sus acechadores moverse a bramidos. Estaba en un territorio poco conocido, sabía que, tarde o temprano, lo iban a encontrar y no iba a quedar nada de él. Sin embargo, tenía muy presente lo que Juana le había dicho, lo de “volverse mata”. Entonces recordó que, cuando iba subiendo para Las Hechizas, vio un lote con un platanal sembrado. Con mucho sigilo se escurrió hasta allá, pero nunca dejó de escuchar las voces de los bandidos que ya venían cerrándole caminos. Se metió entre las matas de plátano guardando la esperanza de escapar de esa manera. Desde su posición podía ver la entrada, así que también vería si alguien llegaba.

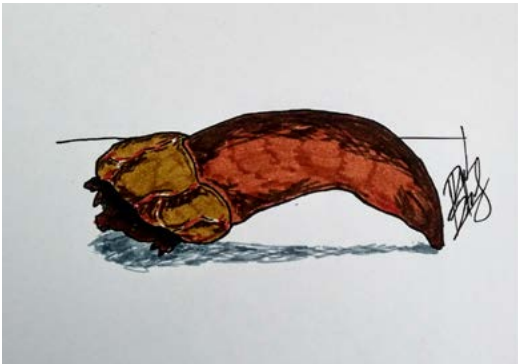


Ilustración 7: Botero, D. (2020)
“Al mejor cazador se le va la guagua”.

Pasaron varios minutos que a Elías le debieron parecer horas. Durante ese tiempo las voces, que antes oía lejanas, se habían acercado de forma letal. No quitaba su mirada de la entrada al lote, y, en efecto, vio cómo, uno a uno, fueron apareciendo los doce sabuesos armados. El tahúr sintió un terror que le escarchó la sangre. Su mano izquierda temblaba por la fuerza con que estaba agarrando la *uña*. Se agachó, y, a modo de jaculatorio rezo, recitó el mágico verso que lo debía salvar: —yo que sé lo que está oculto, lo que me ha sido *vedao*, invoco hoy estos poderes, porque soy un *ayudao*.

Momentos después la jauría llegó al platanal, buscaron por todas partes, de arriba abajo, barrieron de un lado a otro el terreno y no hubo rastro alguno del fugitivo. Siguieron la búsqueda toda la noche, y, obviamente no tuvieron éxito. Amaneció y Elías, todavía convertido en

mata de plátano, quiso volver a su forma humana. Sólo tenía que recitar, de nuevo, el verso mágico. Ahí se percató del error tan grave que había cometido: las matas no tienen boca. Pacho y Lágrimas buscaron a su amigo hasta la saciedad, y nunca supieron qué fue de él.

IV

Ciertamente, en esas pugnas que desafían lo terrenal, somos pocos los que entramos sabiendo salir, y más aún, salir victoriosos. Craso error el de Elías, ir a donde no debía, y dos veces en la misma noche. De Las Hechizas pudo escapar, del platanal no. Esto reafirma una máxima universal: los seres humanos son asiduos visitantes de la tragedia, pero hay un último viaje, el que no tiene regreso. ¿Y qué decir cuando, al pretender enderezar un camino que a todas luces está errado, se toma una ruta peor que la inicial?

Diario de un error

Carolina. Estudiante ejemplar durante toda su vida escolar, excelente desempeño académico y comportamental. Terminó con honores su bachillerato y miraba el futuro como algo promisorio para su gran aspiración, ser enfermera profesional.

- Viernes 3 de diciembre de 1999: Día de mis grados, cierro esta etapa del colegio llena de mucho aprendizaje. Mis amigas serán para toda la vida, juramos no separarnos, y lo vamos a cumplir. Mi familia está muy contenta, y yo también... El año que viene será el principio de mi nuevo camino: ser enfermera.

Era como si no pudiera haber algo que le hiciera perder de vista su camino. Tanto así que ni se percató de que la promesa de “amigas de colegio eternas” se había roto en pocos meses y jamás volvió a saber de ninguna de ellas. Ingresó a la universidad, y esto significó, hasta cierto punto, otra cosecha de triunfos y satisfacciones para ella y su familia:

- Lunes 13 de febrero del 2000: Primer día de universidad. Todo maravilloso. Hoy fue un día de mucha ansiedad y expectativa, conocí el campus, algunos compañeros y profes. Nos dieron el horario y las materias de este primer semestre. Hay dos que me llaman mucho la atención, “Biología” y “Bioquímica”... ¡no veo la hora de empezar!
- Viernes 2 de junio de 2000: Hoy terminé semestre, no pude tomar una mejor decisión, esto es lo que quiero para mi vida. Las materias que tanto me llamaban la atención no defraudaron, aprendí demasiado. He conocido varias personas, algunos compañeros y un par de posibles amistades, más que todo Mayra que no me desamparó. Balance de mi primer semestre de Enfermería: Excelente.
- Martes 8 de agosto de 2000: ¡Segundo semestre empezando! Las mismas ansias, el mismo ánimo. Este semestre voy a ver “Introducción a la enfermería”, ya voy a empezar a profundizar en lo mío. Feliz como siempre. Este semestre me gano la beca para no pagar matrícula el año que viene, esa es mi meta.

La vida se compone de tomas de decisiones. Estas se ramifican de tal forma que, en ocasiones, uno puede optar por una bifurcación tan entramada que hace olvidar el camino inicial. Esto le empezó a pasar a Carolina, aunque no lo supo de inmediato, ni a simple vista. De hecho sus ojos se escaldaron por la centelleante y súbita aparición de su primer amor, aunque, en un principio, no fuera correspondido:

- Viernes 15 de septiembre de 2000: Hoy hubo una fiesta de “amor y amistad” en la facultad, había gente de varias carreras y semestres. Conozco a pocos, pero vi un muchacho muy lindo. Se llama Julio según me dijeron. Me miró como dos veces, seguro fue por error. ¡Se ve tan interesante!
- Lunes 6 de noviembre de 2000: Esta semana empezamos finales. He estado estudiando bastante. Volví a ver a Julio. Se me volvió una costumbre que me agrada mucho. Él no me habla, ni me mira, pero aun así, me encanta verlo. Debo concentrarme en estudiar, pero lo estoy pensando... ¡que ilusa, ni sabe que existo!
- Viernes 24 de noviembre de 2000: Logré tener uno de los mejores promedios del programa, así que me hice acreedora a la beca para el otro semestre: una alegría más, me siento muy contenta. Hoy habrá una fiesta de fin de semestre en la casa de una compañera. Me invitaron, y Julio va... ¡no está de más soñar un poquito!

Con el final del segundo semestre, Carolina logró cerrar otro ciclo académico de muy buenos resultados. Esa noche del último día de estudio Mayra fungió de celestina, y facilitó un encuentro decisivo en la vida de su diligente amiga:

- Sábado 25 de noviembre de 2000: Anoche estuvo muy bueno el ratico. Hasta me tomé 3 guaros... ¡yo la verdad no entiendo esa gente cómo hace para aguantar tanto! A mí hoy todo me da vueltas, y más sabiendo que ayer por fin me habló... Mayra me lo presentó. Ella conoce mucha gente ya... ¡Serán unas vacaciones muuuy largas sin saber de él!

Llegaron las vacaciones de diciembre. Carolina las vivía en un plan estrictamente familiar, pero también sacaba ratos para leer y adelantar algunos temas que le pudieran servir para sus futuros asuntos académicos. Se le terminó haciendo eterno enero y también medio febrero, pero ya había dos motivos para querer volver a la universidad con tanta avidez:

- Lunes 19 de febrero de 2001: Hoy empecé tercer semestre. Dos ansiedades se me juntaron: volver a estudiar y volver a ver a Julio, pero no esperaba que pasara lo que pasó... ¡Vamos a estudiar juntos!... matriculó este semestre “Farmacología y terapéutica”... este semestre pinta demasiado bien.

La coincidencia académica proporcionó las condiciones para que Carolina y Julio se acercaran, luego se frecuentaran, después se gustaran y finalmente establecieron una relación amorosa. Ella no había notado que, de un momento a otro, había empezado a perder de vista su objetivo principal. Otros intereses se hicieron presentes en sus días, en sus noches, y aquello que tanto había ansiado fue perdiendo terreno en su vida:

- Viernes 8 de junio de 2001: Me fue regular este semestre, se empezó a complicar esto... Este fin de semana cumpla 3 meses con Julio. Vamos para una finca con unos amigos de él... no me quieren dejar ir... ¡y apenas sepan que me tiré “Farmacología” y “Bioestadística” menos que me dejan ir! Supongo que todo mundo tiene su época de vagar en la universidad... Mayra hasta me dejó de hablar; dice que he cambiado mucho.

El decorado había cambiado de forma notoria en este final de semestre para Carolina, pero eso parecía no afanarla, y es que, finalmente, estaba donde quería y con quien quería, y pensaba que, pasando esta etapa de relajo, podía recomponer el camino y continuar. Tan distintas eran ya las prioridades de la descaminada posible enfermera, que hasta se dio la licencia de alargar unos cuantos días sus vacaciones de mitad de año:

- Miércoles 8 de agosto de 2001: Empecé semestre el lunes, pero con ese *punte* tan atravesado de ayer, me quedé en la casa más bien. Apenas hoy avisé que no me gané la beca de este semestre... Mis papás están furiosos, y me va a tocar pagar la multa por matrícula extemporánea. Ni conozco mi horario y voy tarde... Julio se perdió desde el viernes a beber y llegó esta mañana a la casa, así que no creo que estudie hoy...

Fue por esos mismos días que la vida de Carolina dio un tremendo giro que ella no estaba esperando, aunque, la verdad, tampoco estaba muy segura de qué esperar a esas alturas:

- Viernes 31 de agosto de 2001: Esta semana me debería haber llegado, y el mes pasado tampoco me vino... los problemas de ser tan irregular. Pero la verdad estoy preocupada, he rezado toda la mañana, Mayra me va a acompañar a hacerme una prueba; la llamé y de una me dijo que qué necesitaba... ¡tan linda, siempre tan buena amiga!

- Lunes 3 de septiembre de 2001 (en la mañana): Esto es una mierda... llevo 3 días sin comer. No sé cómo decir acá en la casa, ni qué va a decir Julio, no sé nada. Llego a la universidad y lo primero que hago es hablar con él, tenemos que hacer algo... ¡es que si hubiera aparecido el fin de semana!

- Lunes 3 de septiembre de 2001 (en la noche): ¡Que no es de él me dice este descarado! Mis papás me van a matar... y hasta mejor, porque yo me quiero morir. No voy a volver a la universidad... no quiero nada.

Luego de un tiempo Julio se volvió a acercarse a Carolina, con una actitud más amable y tranquila. Este regreso en términos tan afables permitió pensar en boda más pronto de lo esperado. Los futuros padres se casaron, ambas familias estaban felices. Julio dejó el estudio para empezar a trabajar en otra ciudad, y Carolina dejó el estudio para irse con él.

- Miércoles 20 de marzo de 2002: Nació Laura, soy la mamá más feliz del mundo. Estamos muy contentos con esta bendición del cielo. ¡Julio no cabe de la dicha!

Sin embargo, todo ese cambio positivo del padre debutante fue algo pasajero, y de hecho, sus viejas andanzas regresaron y peores: a lo borracho se sumó lo despreocupado e intransigente:

- Viernes 29 de noviembre de 2002: 8 meses duró la paja que habló. Hoy además que tampoco llega a dormir. Yo estoy cansada de esto: al principio se mostró muy comprensivo, consciente del cambio de vida, pero ahora parece que el cambio sólo fue para mí.

- Jueves 19 de marzo de 2003: Primer cumpleaños de la niña y Julio no apareció. Se lo adelantamos para hoy porque venía la familia de él... menos mal mis papás no pudieron estar. No llegó a dormir y esta es la hora que no aparece: 7 de la noche. Ya todos se fueron. **NOTA IMPORTANTE:** mañana hablar con él, y, por ahí derecho, decirle que quiero volver a entrar a estudiar.

Asunto de suma relevancia este: Carolina quería retomar su Enfermería, y de paso, ajustar con su marido algunas cosas que estaban empezando a perder afinidad:

- Lunes 24 de marzo de 2003: Esto es horrible. Mi palabra no existe en esta casa. Julio se fue desde el viernes y no ha llegado... se llena con amigos, y demás que con viejas, pero nada me consta, y donde le diga alguna cosa, se pierde un mes. ¡No pensé que se fuera a enojar tanto por yo querer volver a estudiar, y menos por reclamarle que nos mantiene tan solas!, ¡se perdió los primeros pasos de la niña, y, a este paso, las primeras palabras también!

Y el tiempo siguió transcurriendo para ella y su hija, como una condena inapelable en donde, de manera progresiva, perdía la dignidad:

- Martes 11 de noviembre de 2003: Anoche me volvió a decir Sara... y otra vez, cuando le pregunté que quién es esa, se enojó. Siempre soy una loca, una controladora que "no lo deja tener espacio". Estoy harta, no me respeta, no me determina, y a la niña menos. Y cuando digo algo sale y se va, y se pierde 2, 3, 4 días, y yo acá como una pendeja. Extraño mi vida de verdad, antes de él: mi familia, mi estudio. Yo de ser madre jamás me arrepiento, de ser esposa sí.

Despidió de esta manera el que, consideraba, había sido el peor año de su vida. Pero todo esto pasó con un agravante: descubrir que no tenía credibilidad con su familia que veía en Julio a un excelente esposo:

- Jueves 1 de enero de 2004: Menos mal se acabó diciembre, fue horroroso. Esta belleza se manejó como un príncipe delante de mis papás, y así me la hace cada que vienen a visitarnos. Ellos no pueden creer que Julio sea un patán conmigo y con la niña. ¿Otro año en estas?... ¿mi vida se va a resumir a esto?... ¡Me rehúso!, algo tengo que hacer. Ya sé que no puedo contar con mi familia, ellos necesitan verme moretones o sangre para creer que sufro casada.

En aquel instante Carolina se dio a la tarea de encontrar una opción de salida real y efectiva, y entonces, luego de varios días de madurar la situación le llegó la ansiada lucidez:

- Domingo 15 de febrero de 2004: Otro fin de semana en las mismas. Laura es mi gran compañía, si no fuera por la niña ya me habría enloquecido de soledad. Ya no me preocupa si aquel pendejo no llega, de hecho sería mejor si no volviera, eso es lo que necesito... y quiero. Llevo poco más de un mes pensando en una solución y finalmente la tengo: una sutil muerte por envenenamiento que pueda pasar como suicidio... Será cuestión de principios, él acabó mi vida, yo termino con la de él. En medio de mi añoranza por volver a estudiar, ojeando mis notas de clase, encontré un dato interesante.



Ilustración 8: Botero, D. (2020)
Carolina Rincón Leal

Se refería a unos apuntes que advertían sobre los peligros en la sobredosificación de ciertos medicamentos, entre ellos la cloroquina, utilizada para tratar varias enfermedades autoinmunes: una dosis excesiva es potencialmente mortal.

-Lunes 8 de marzo de 2004: ¡Mayra es amiga hasta para un plan como el que he estado fraguando! Me va a ayudar a conseguir la cloroquina. Ya logré convencer a ese otro para que esté con nosotras en el cumpleaños de la niña, pero sin invitados. ¡Ese día recupero mi vida, ese día vuelvo a ser la Carolina que nunca debí dejar ir!

Ese fin de semana, en soledad como siempre, Carolina se encontró con su amiga y esta le entregó un gotero con un poco de la sustancia en cuestión.

—Y cómo vas a hacer para que se tome eso? —preguntó Mayra curiosa.

—En una borrachera. En uno de los últimos guaros que se toma le echo una cucharada tintera de gotas... ¡y ya bien bebido ni siente! Eso son como 5gr, con eso tiene —respondió Carolina.

—¿Vos estás segura de lo que vas a hacer Caro?

—Sí, y va a parecer suicidio May... ¡y, sobre todo, voy a volver a ser yo!

Llegó la fecha para poner en marcha toda la urdimbre que tenía en mente: el cumpleaños número dos de Laura. El día fue un plan familiar dedicado a su hija, pero la noche sugirió un poco de licor. Carolina sacó dos copas y dijo a Julio que ese día quería emborracharse con él. El esposo se mostró complacido con la idea y empezaron a brindar, luego a bailar y a reír despreocupadamente en la sala de la casa, como si nada malo fuera a pasar. La niña, que hasta ese momento les estaba acompañando, se había quedado dormida en un mueble, y ni se inmutaba con el ruido de sus padres.

Varios tragos se habían brindado ya en aquella velada cuando Carolina notó que su esposo estaba cayendo dormido. Era el momento que estaba esperando: —amor, ¿el arranque y nos vamos a dormir? —preguntó ella con total certeza de la respuesta; la misma que su marido dio asintiendo con la cabeza y los ojos cerrados. Ella sirvió un trago doble, sacó las



Ilustración 9: Botero, D. (2020)
"Quien siembra vientos, recoge tempestades".

gotas, midió con la cuchara los 5gr, mezcló y le entregó a Julio. Con esto, Carolina se gastó el poco de lucidez que guardaba, y con la tranquilidad de haber cumplido su cometido se durmió en la sala.

Iba siendo mediodía cuando ella despertó en medio de un fuerte dolor de cabeza. Se acercó a Julio para verificar el éxito de su propósito, pero él se movió, se acomodó y siguió dormido con placidez.

Claramente no estaba muerto, pero la copa estaba en el suelo vacía. Su esposo se había dormido antes de beberla, pero su hija despertó de madrugada, y, en ausencia de adulto responsable alguno, probó el trago. Tras esto una serie de violentas convulsiones le terminaron desgarrando la vida de su pequeño, y ya fracturado, cuerpo, en medio de sus lánguidos y alicorados padres.

V

Si el destino es inapelable, la muerte, concebida como el mayor y último yerro del ser humano, menos que admite trámite o discusión. Esta abnegada madre vivió, en carne propia, esas inquebrantables leyes que, la ya mencionada sabiduría popular, nos vuelve a ilustrar: "*nadie se muere en la víspera*" que aplica para su pésimo esposo, y "*los peores errores se tapan con tierra*" acá aplicable con quien menos se esperaba.

Con Laura, la niña envenenada, se hace evidente que no todo deceso obedece a la impertinencia o el error del difunto. Muchos de los

agradables usuarios que recibí en mis años de servicio, llegaron a mis manos sin hacer méritos.

Tropezón



Ilustración 10: Botero, D. (2020)
Karla Gómez Parra.

Karla estaba desempacando la maleta porque recién había llegado de su más reciente travesía: Amazonas. Traía algunas figuras talladas en balsa que consiguió durante su estadía con los Yaguas, la comunidad indígena que habita la frontera colombo-peruana; también tenía unas fotos hermosas de paisajes, animales y nativos en medio de la selva. Era diseñadora, con gran pasión por la fotografía y los viajes, así que cada temporada de vacaciones se daba sus gustos, y le encantaba pensar que contaba partes del recorrido con lo que lograra

capturar su lente. Andaba sola porque, según ella, eso le permitía mejor movilidad, pero, eso sí, en donde llegaba establecía buenas relaciones con los lugareños. De esta manera también aprendía de otras culturas y tenía una bitácora en la que consignaba los viajes: su brazo izquierdo. En él, desde el hombro hasta la muñeca, se había ido tatuando elementos representativos de los lugares visitados: una Torre Eiffel al lado de una Piedra de El Peñol, y una Ciudad Amurallada vecina del Obelisco de Buenos Aires. Con motivo del último destino que conoció tenía pensado hacerse un delfín rosado debajo del cóndor de Los Andes de su viaje a Perú. De pocos amigos, pero reales, y aparte muy familiar, turnaba su trabajo y sus viajes con tiempo “de calidad” al lado de los suyos. Fin de

semana que se respetara era de obligatorio almuerzo dominical con sus papás, hermanos y sobrinos; allí era la encargada de las historias, porque, dentro de todo, era una narradora innata.

Hubo un domingo que no cumplió con lo del almuerzo en casa paterna. Ese día se realizaba una exposición de aves y flores en el jardín botánico, así que asistió con algunos colegas de afición, cámara en mano, y el ojo aguzado para lograr las mejores tomas. Se pasó el día entre trinos, canturreos y aromas, deleitándose con tanta belleza natural, y en medio de todo ello conoció algunas personas. Para entonces estaba en pleno furor abrir Facebook, y en este círculo social parecía ser algo de gran importancia porque allí se compartía el trabajo fotográfico. Las personas empezaban a interactuar y a intercambiar apreciaciones para luego seguirse y juzgarse entre todos en el vaivén de los nacientes “likes”. Karla no era la excepción. Ese día por la noche descargó varias fotografías en su computador, seleccionó algunas, armó un álbum y lo subió a su cuenta. Como era de esperarse, hubo gran flujo de reacciones y comentarios, y esto llenaba de satisfacción a la aficionada artista.

Ocasionalmente revisaba Facebook desde su oficina, y, en cierta ocasión, notó que alguien había dado “like” a todas sus fotografías. Su nombre era Álvaro. Ella leyó aquel acto como una reacción de agrado hacia su trabajo, así que devolvió cortesías mirando y aprobando varias publicaciones de su nuevo, y, desde ya, asiduo admirador, que también tenía por pasión la imagen. Esto terminó en una correspondencia de mensajes, y, mediante estos, Karla descubrió que la persona tras la pantalla le podía resultar interesante.

- Álvaro: Ey, me gusta mucho esa sensibilidad que se te nota en las tomas!! 😊
- Karla: Tan bello, gracias! 😊 vos tampoco lo hacés mal... aparte montás unas fotos de comida que se ven deliciosas 😊
- Álvaro: Jajaja y saben igual... yo cocino, y dicen que me va bien 🤔
- Karla: No jodás!!! 🙄
- Álvaro: Imaginate... ese es otro hobby que tengo. Cualquiera día hago alguna cosita y te invito a degustar...
- Karla: Me parece, pero bastantico que yo como mucho! jajaja 🤩
- Álvaro: Trato hecho! 😊

Y así varias veces. Esas conversaciones le hicieron descubrir a ambos que tenían varias cosas en común: gustos musicales, preferencias cinematográficas, viajes pendientes, y alguno que otro proyecto para invertir en un futuro. Fue inevitable que se empezaran a crear otro tipo de expectativas e intereses aparte de fotografía y amistad. Karla nunca había pasado por algo como esto: conocer a alguien únicamente por mensajes de texto y, aun así, estar empezando a sentir gusto por esa persona.

- Karla: Y cuándo nos vemos? 😊
 - Álvaro: justo eso te iba a decir, ¡ya mucho mensaje! Jejeje yo quiero conocerte en persona.
 - Karla: ¡Opino igual!

Luego de estos mensajes, y otro par más, se dieron cita para un miércoles en la tarde, en un parque que, según su acuerdo, quedaba cerca para los dos. Ambos se mostraban entusiasmados con la idea porque parecía haber una química fuerte, y la prueba real de ello sería verse “en vivo y en directo”. Esto aumentó el devaneo digital entre los dos cortejantes, de forma tal que empezó a incluir “etiquetas” en publicaciones. Así llegó el día en cuestión y Karla trabajó esa mañana con una dosis extra de ánimos. Un par de mensajes llegados en jornada laboral le tuvieron en las nubes hasta la hora de salir: “Ey, es hoy, ¡por fin! 😊”, “¿Vas a estar de qué color?, ¡es que de pronto me confundo de belleza! 😊❤️”.

Ya iban siendo las cinco de la tarde, Karla saldría de allí a cumplir el compromiso con Álvaro. Decidió caminar ya que eran pocas cuadras de distancia hasta el parque, y cuando llegó tenía algunos minutos de sobra antes de la hora señalada. Dio un par de vueltas, contempló las cosas que había en venta en unos toldos al lado derecho del lugar, y cuando calculó que su cita pudiera haber llegado se dirigió al punto de encuentro. En ese pequeño trayecto un indigente la empezó a seguir. Ella sentía especial aversión por este tipo de personas desde que era una niña. Él le pedía una moneda, ella trataba de no determinarlo. Iban caminando muy juntos por la acera. Karla estaba descompuesta de horror, era algo que no podía

controlar desde que presencié un atraco en una situación similar a la edad de seis años. A medida que el individuo se le acercaba, ella se retiraba de él, caminando ya por el borde de la acera. El paso presuroso que llevaban en esta súbita persecución callejera hizo tropezar a la espantada mujer, y uno de sus tacones se partió. Ella cayó a la calle, justo al paso de un automóvil a toda velocidad, y una estridente combinación de lamento y frenazo robó la atención de pasantes y testigos, incluido Álvaro que ya había llegado. La vida de Karla cambió para siempre.

Celebración

—¡Que bueno poder compartir esta velada juntos amor!, ¿no? —dice Álvaro ubicando un par de copas en una mesa decorada con velas. —¡Hoy cociné una de mis especialidades, como te había prometido alguna vez, espero que te guste! —continúa él. Al frente suyo está sentada Karla. Se muestra indiferente y parece no inmutarse ante las palabras del anfitrión.

—Aún recuerdo esa primera vez que nos vimos en la exposición. Ibas pasando con tu grupo, y yo también andaba en el jardín botánico tomando algunas fotografías para mi álbum personal —continúa Álvaro y toma asiento. Busca hacer contacto visual con Karla pero ella mantiene la mirada baja, está visiblemente apesadumbrada. Él hace caso omiso a ese detalle y prosigue: —Hubiera sido un grave error de mi parte no haberte saludado aquella vez. Fuiste muy amable al contestar mi saludo. Éramos un par de desconocidos, perfectamente hubieras podido asustarte ante mi súbita aparición y no fue así.

Álvaro sirve dos porciones de unas olorosas pastas con queso. Todo se ve apetitoso. Los platos están humeantes, razón por la cual el queso sigue derritiéndose. —¡Mirá, les piqué tocineta, eso le da un saborcito todo rico a las cosas! — dice él y sonríe un poco, buscando una respuesta similar en el adusto rostro de su amada que continúa impávida ante él. —Compré un vino para acompañarlas, pero la verdad sé poco de ese tipo de cosas. Los de la licorera me dijeron que este es bueno, que se parece al... ¡*chardonnay* creo que se llama!... y que sirve para acompañar la pasta. Pero igual, si no querés de esto, tengo coca-cola, sé que eso te gusta más.

¡Karla ni lo determina!, parece invadida por una gran ofensa o por una gran ausencia. Álvaro hace de todo para atraer su atención, pero es inútil. —Sé que aún debés estar molesta. Sé que no es la forma como debí acercarme de nuevo, luego de eso... pero mirá que, aun así, llevamos este tiempo juntos y ha sido maravilloso. Seguro extrañarás tu casa, pero la verdad, considero que acá estás mucho mejor. Ya no me hablás como antes, cuando recién nos conocimos, ya ni te reís conmigo. Sólo estás esperando a que el tiempo marchite del todo lo que tenemos. Hoy deberías estar distinta, ¡estamos cumpliendo un mes juntos!

Con visible molestia, Álvaro acerca su asiento a la mesa y empieza a comer a grandes bocados. La mira con enojo. No mastica por completo, traga y se lleva otra porción a la boca. La mitad de sus pastas queda sobre la mesa, a medio masticar y en un arrebató febril se pone de pie y se abalanza sobre Karla que, contrario a lo que uno esperaría, ni hace resistencia, ni trata de esquivarlo.

Él empieza a besarla apasionadamente. —¡tu aroma me enloquece, y vos lo sabés! —declara el orate amante a medida que recorre con sus bruscas manos el cuerpo de ella. Rasga su vestido con la respiración agitada, y un olor a sudor enmohecido va violentando el espacio. —Tu sabor es igual de mustio a tu emoción por mí —añade Álvaro con una molesta calma. Vuelve a besarla, muerde su labio inferior varias veces, como queriéndolo arrancar y un sabor agrio y corrosivo le hiere las papilas gustativas. El labio acaba de explotar y un líquido pútrido y espeso emana de él.



Ilustración 11: Botero, D. (2020)
“La suerte y la muerte no escogen”.

Álvaro escupe lo que más puede, se limpia con la manga de su camisa y exclama con tono de reclamo —definitivamente estás más difícil que antes. Me atrevería a decir que fuiste más amable el día que te exhumé. Llevabas cinco días abandonada en esa bóveda, fui por vos para ofrecerte mi compañía y mirá cómo te has vuelto... ¡fin de la celebración!

Esto último es un vivo ejemplo de que el final de muchos, no es el final de todos, y de que, aún tras el sublime obrar del fin de la existencia, la descortesía también es una ruta a elegir.

Lápida de presentación

Cada que miro mi álbum de recuerdos rememoro esos episodios en donde estos execrables vivos se transformaron en apacibles cadáveres tan taciturnos como yo. Como yo, que he sabido ser profesora, rezandero, sobandera, compañera de universidad e indigente; que pongo trampas con relojes de oro, cuerdas de guitarra, amuletos, licor y hasta calzado de mala calidad. Soy Cloto, Láquesis y Átropos, también soy el hilo. Para mi próxima urdimbre de oscuras, y hermosas, casualidades cambiaré de cuerpo, este pronto expirará, y debo abrir campo para las nuevas fotografías... ¡nos vemos!

EPÍLOGO
SEMIÓTICA EN LA TRAGEDIA
CREADORA

Pájaro de mar en tierra, anuncia tempestad.

Refrán antioqueño

El que ha de morir a oscuras, aunque ande vendiendo velas.

Refrán antioqueño.

El lenguaje es el medio por el cual el ser humano conoce, asimila y modifica su mundo. De igual manera, a través del mismo, interpreta y simboliza los objetos que le rodean, y, en estos términos, se le denomina *homo symbollicus* (Niño Rojas, 2019, pág. 8). Para el caso de estas líneas sería más bien un *homo trago-symbollicus*, expresión que nace al añadir, a la acepción inicial, el afijo “trago”, proveniente de la raíz latina para “tragedia”: *tragedia* (Corominas, 1987). Al ser el único ser vivo que habita el mundo desde la conciencia de su propia muerte, está en constante estructuración de su realidad en términos del yerro, y se adiestra en el arte de leer su entorno, errar en él, y luego resignificarlo.

El ser humano tiene capacidad y necesidad innatas de figurar su entorno de manera simbólica. Es así como representa las nociones de su propio mundo en términos de conocimiento, emociones o afecciones, por mencionar algunos ámbitos. Estas representaciones, que vendrían siendo la *semiosis*, dinamizan la interacción social gracias a una virtud: permiten enunciar mundos posibles (Eco, 2000). En la *tragedia creadora* es innegable el estrecho vínculo que existe entre el ser humano y su exterior. Las narraciones presentadas en el presente trabajo están altamente determinadas por objetos, cuya función es ser vehículos que pasan a las personas por cada una de las tres etapas de la *triada trágica*: *gesto apolíneo*, *viraje órfico* y *heterotopía del yerro*.

En dichos relatos los protagonistas están cruzados por la aparición de objetos que surgen como soluciones, pero que terminan siendo los medios que introducen el error, entonces la *semiosis* inicial se rompe, para dar pie a la yuxtaposición de realidades que define la *heterotopía*. Allí los personajes están atrapados en una especie de *purgatorio insignificable*, a

merced de un mundo que ya les es imposible interpretar. En este sentido vale retomar a Eco (1981) cuando sugiere que los signos nos permiten vivir en sociedad, y, yendo más allá, puede afirmarse que nos permiten “ser” en sociedad. Por lo anterior es que la ruptura personaje/objeto conlleva a un último yerro, a la tragedia final.

A MANERA DE CIERRE CONCLUSIVO

Desde niño el tema de la muerte me ha llamado poderosamente la atención, y, a lo largo de mis años, mucho de lo que ha llegado a mi vida y se ha instalado entre mis gustos y preferencias, ha estado cruzado por ese interés: música, literatura, cine y arte en general. La experiencia que estoy culminando con esta propuesta no es solamente el cierre de un ²proceso académico, sino también una formalización de esa fascinación que en ocasiones se sentía tan etérea. Toda nuestra existencia es una preparación constante para, irónicamente, dejar de existir, y está minada de pequeñas defunciones que se codifican en términos de “error”, pero que cada vez nos acercan más al último estertor. Soy, como todo ser humano, un constante viajero a la muerte. No es que la espere con ansias, pero soy consciente de su compañía y de todas las trampas con que se nos manifiesta. Dice un adagio

² Este trabajo es producto del ejercicio investigativo llevado a cabo en la Maestría en Literatura de la Universidad Pontificia Bolivariana, sede Medellín.

popular, otro más para este texto, que *“La muerte está tan segura de ganar, que nos da toda una vida de ventaja”*, y eso, antes que ser alarmante, es el golpe de consciencia y realidad que toda mente necesita: ya que vamos a morir, vivamos siendo sabedores de ello y sin guardarnos nada, porque de nada somos dueños, haciendo de nuestro paso por este plano una obra de arte en constante deconstrucción y reconstrucción, donde el infortunio renueve y mejore lo existente.

Acercarme al análisis literario desde un punto de vista tan humano como la tragedia, me permitió encontrar otras posibilidades de lectura, pero también de escritura, siendo estas últimas las de un valor más fuerte en mi caso: fueron mis tragedias, las grandes y las pequeñas, las primeras que sirvieron de motor creativo. Durante este cierre, un par de meses atrás, la segadora asestó un fuerte golpe en mi familia: arrancó de un tajo la vida de mi abuela, sin previo aviso, al menos aparente. Las líneas finales que alimentan estas páginas se terminaron escribiendo mientras conjuraba para ella, mi segunda madre, la mejor despedida posible: en su abrazo me acerqué a las letras, y hoy, en su ausencia, le regalo las mías, mientras llega el momento de volvernos a ver. Me queda más que comprobado: nada reverdece mejor que una buena derrota; destruirse es fácil y mediocre, crear desde las ruinas es más loable y meritorio. Es mi propuesta de análisis literario, pero es también, en definitiva, el aserto de mi filosofía de vida, y de muerte también. Es posible la apertura a este tipo de derivas que detonen afecciones y producción literaria, porque nadie es ajeno a ellas.

BIBLIOGRAFÍA

- Cano, B. S. (1999). Visita frustrada. En C. N. Hernández, *Cuentistas antioqueños* (págs. 49-60). Panamericana.
- Corominas, J. (1987). *Breve diccionario etimológico de la Lengua Castellana*. Editorial Gredos.
- Dahl, R. (2013). El mayordomo. En E. Obregón, *Buen aniversario: Recuento de diez años*. (págs. 63-72). Fundación CONFIAR.
- Eco, H. (1981). *Tratado de semiótica general*. Lumen.
- Eco, H. (2000). *Los límites de la interpretación*. Lumen.
- Foucault, M. (2020). *De los espacios otros*. Obtenido de www.fadu.edu.uy.
- Gómez, E. (1999). La tragedia del minero. En C. N. Hernández, *Cuentistas antioqueños* (págs. 71-80). Panamericana.
- Maupassant, G. d. (2008). La muerta (¿fue un sueño?). En R. Argüello, *Cuentos que cortan el aliento* (págs. 15-23). Ambrosía editores.
- Monsalve, O. H. (1999). El mantel. En C. N. Hernández, *Cuentistas antioqueños* (págs. 287-294). Panamericana.
- Nietzsche, F. (2020). *El nacimiento de la tragedia*. Obtenido de www.departamentoesteticas.com.

- Niño Rojas, V. M. (2019). *Semiótica y lingüística: fundamentos*. ECOE ediciones.
- Ovidio. (1999). *Las Metamorfosis*. Edicomunicación.
- Poca, A. (2002). Prólogo a la edición española: de la literatura como experiencia anónima de pensamiento. En M. Blanchot, *El espacio literario* (págs. 9-16). Editora Nacional.
- Poe, E. A. (2014). El corazón delator. En P. d. Santis, *Crimen y misterio: antología de relatos de suspenso* (págs. 33-39). Alfaguara.
- Roy, G. (2013). La niña muerta. En E. Obregón, *Buen aniversario: recuento de diez años* (págs. 107-120). Fundación CONFIAR.
- Singer, I. B. (2013). La lavandera. En E. Obregón, *Buen aniversario: recuento de diez años* (págs. 11-22). Fundación CONFIAR.
- Tolstoi, L. (2004). ¿Cuánta tierra necesita un hombre? En L. Tolstoi, *Cuentos populares* (págs. 203-222). Longseller.



**Universidad
Pontificia
Bolivariana**

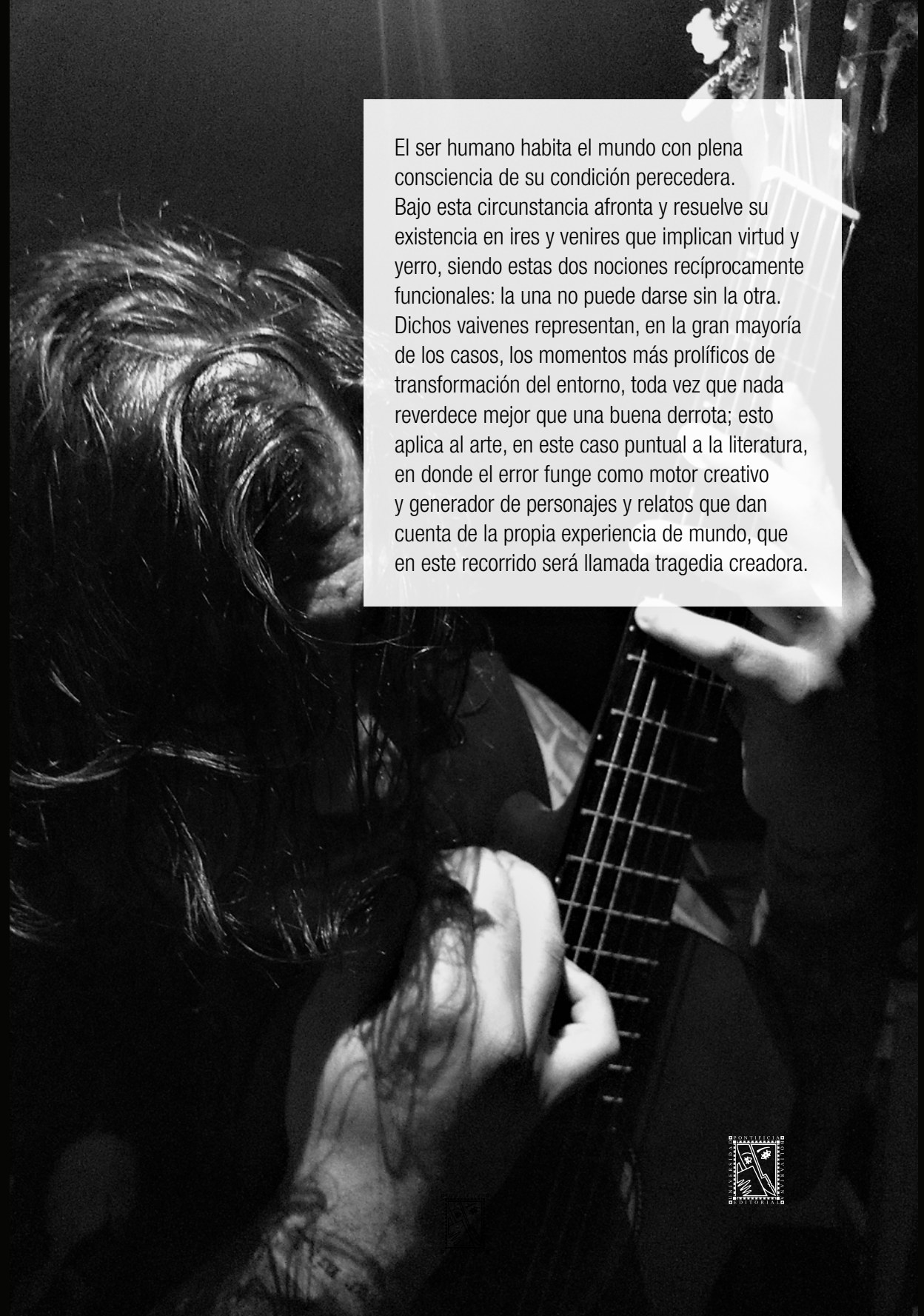
SU OPINIÓN



Para la Editorial UPB es muy importante ofrecerle un excelente producto.
La información que nos suministre acerca de la calidad de nuestras publicaciones será muy valiosa en el proceso de mejoramiento que realizamos.

Para darnos su opinión, comuníquese a través de la línea
(57)(4) 354 4565 o vía correo electrónico a editorial@upb.edu.co

Por favor adjunte datos como el título y la fecha de publicación,
su nombre, correo electrónico y número telefónico.



El ser humano habita el mundo con plena consciencia de su condición perecedera. Bajo esta circunstancia afronta y resuelve su existencia en ires y venires que implican virtud y yerro, siendo estas dos nociones recíprocamente funcionales: la una no puede darse sin la otra. Dichos vaivenes representan, en la gran mayoría de los casos, los momentos más prolíficos de transformación del entorno, toda vez que nada reverdece mejor que una buena derrota; esto aplica al arte, en este caso puntual a la literatura, en donde el error funge como motor creativo y generador de personajes y relatos que dan cuenta de la propia experiencia de mundo, que en este recorrido será llamada tragedia creadora.

